

## **Simón González y resistencia raizal: mediación entre dos culturas**

### **Resumen**

El objetivo de este trabajo es demostrar la existencia de una mediación de la gestión intencional de Simón González en la isla de San Andrés entre la tradición y el desarrollo en los ochenta, creando espacios físicos que permitieron la interacción de los grupos culturales que conviven en la isla, respaldando la resistencia cultural raizal, y permeando las barreras culturales que se han levantando entre la población raizal o nativa, y el grupo cultural conformado a raíz de la inmigración y el poblamiento desordenado de continentales colombianos y extranjeros.

**Palabras clave:** San Andrés Isla, Simón González, Raizales, tradición, desarrollo, mediación.

## **Simón González y resistencia raizal: mediación entre dos culturas**

### **Abstract**

The objective of this work is demonstrate the existence of a mediation of the management intencional of Simón Gonzalez Restrepo in San Andrés's island between the tradition and the development in eighty's, creating physical spaces that allowed the interaction of the cultural groups that coexist in the island, endorsing the cultural native resistance, and permeating the cultural barriers that are existed raising between the population raizal or native, and the cultural group shaped as a result of immigration and settlement continental disorderly by Colombians and foreigners.

**Key words:** San Andrés Island, Simón González Restrepo, Raizales or natives, tradition, development, mediation.

**Simón González Restrepo y la resistencia raizal: mediación  
entre dos culturas**

**Simón González Restrepo y la resistencia raizal: mediación entre dos culturas**

**Monografía de Grado Para Optar**

**Por el Título de: Historiadora**

**Presentado Por:**

**Maribel Palacios Duarte**

**Director:**

**Rafael Antonio Díaz Díaz**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**

**CARRERA DE HISTORIA**

**Bogotá, I Semestre de 2009**

*“Quisiera contarles un poco sobre el Archipiélago porque mucha gente lo confunde con la imagen que se tiene de San Andrés y creo que es bueno que todos los colombianos se enteren de qué significa cuando se habla sobre San Andrés y sobre nuestro Archipiélago. Está compuesto por tres islas que son: la principal y la más conocida, San Andrés, con unos 37.000 habitantes, la vieja Providencia, Old Providence que tiene unas 2.700 personas. A su lado -prácticamente puede uno pasar caminando- está Santa Catalina que es una isla muy bella donde se encuentra la cueva de Morgan. Allí viven 132 familias. Luego, si nos vamos hacia el norte, empieza una zona muy bella de cayos, arrecifes y atolones. El primero que encontramos es Roncador. Después tenemos a Serranilla, Alicia, Rosalinda, Bajo Nuevo, Serrana, Quitasueño, Albuquerque y Cayo Bolívar. Todo esto constituye un área en el Caribe de 349.000 kilómetros cuadrados, un poco más de una tercera parte de la Colombia territorial. Es lo que se llama el Archipiélago que lo denominó “Colombia con corazón de coco”<sup>1</sup>*

*Simón González Restrepo*

---

<sup>1</sup> Meza Margarita. “La situación financiera de la intendencia es bastante sólida”. Revista Credencial. 1984. P. 32-34.

## INDICE

|   | <b>Pág.</b> |
|---|-------------|
| 1. INTRODUCCIÓN.....                                  | 1           |
| 2. I. SAN ANDRÉS:COLOMBIA CON CORAZÓN<br>DE COCO..... | 12          |
| 3. II. RAIZALES Y RESISTENCIA CULTURAL.....           | 21          |
| Tradición oral .....                                  | 24          |
| El llamado del caracol .....                          | 26          |
| Las casas .....                                       | 27          |
| Las iglesias protestantes .....                       | 30          |
| Puerto Libre .....                                    | 31          |
| Resistencia Raizal .....                              | 32          |
| S.O.S. ....   | 36          |
| 4. III. OBRAS SON AMORES.....                         | 40          |
| 5. IV. BROTHER SIMÓN:UN MEDIADOR.....                 | 54          |
| 6. REFERENCIAS .....                                  | 65          |
| 7. BIBLIOGRAFÍA.....                                  | 69          |
| 8. FUENTES.....                                       | 70          |

## **INTRODUCCIÓN**

En medio de la inmensidad de Caribe Colombiano se encuentra el Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Sus hermosos paisajes resguardan y rememoran historias de piratas magníficos, tesoros escondidos, barcos, goletas y ritmos de soul, blues, calypso, mentó, soca y reggae, competencias de caballos, una gastronomía única, cuentos, fábulas, mucho color y lo mas importante, la calidez y amabilidad de sus habitantes quienes han conformado una sociedad pluriétnica a raíz del movimiento migratorio de colombianos continentales procedentes de diversas regiones de Colombia y del mundo también. Antioqueños, caleños, cartageneros, barranquilleros, bogotanos, libaneses, sirios, chinos y otros gentilicios se pueden encontrar en ese pedazo de paraíso, descendientes de sus padres o abuelos quienes llegaron con la esperanza de un futuro promisorio en épocas pasadas. En esta región insular, el clima oscila entre los veintisiete y treinta grados centígrados, sometido a la influencia de los vientos alisios que determinan tiempos de lluvia o de sequía, lo que no resulta un impedimento para que turistas de muchas partes del mundo la visiten en cualquier temporada del año.

Tanto San Andrés como Providencia cuentan con aeropuerto (Gustavo Rojas Pinilla y El Embrujo respectivamente) y sus diferencias radican en la extensión, en la población y en la actividad económica que se desarrolla en cada una. En Santa Catalina se encuentra un mínimo de población nativa. La isla de San Andrés, siendo la capital del departamento, concentra la mayor cantidad de población del archipiélago. Es el centro comercial y financiero, en donde se destaca el sector hotelero y comercial. En Providencia y Santa Catalina se conservan mejor las tradiciones culturales a raíz del aislamiento con respecto a San Andrés y al continente, aunque en los últimos años la búsqueda de lugares tranquilos y apartados ha incrementado la presencia de turistas en esta zona. En la presente investigación, se tomó en cuenta solamente la realidad histórica de la isla de San Andrés ya que para el caso en estudio, el choque cultural se presentó más en la isla mayor

que en las demás como ya se dijo, por su extensión y por ser la capital de lo que hoy se conoce como Departamento de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

Aunque en la actualidad una de las principales problemáticas de la isla es el aumento en la población, no siempre fue así. Siguiendo y respetando la tradición oral, los sabios ancianos naturales de la isla recuerdan la tranquilidad, el ruido del viento en las palmeras y el arrullo de las olas que chocaban en las playas empedradas, las puertas de las casas abiertas de par en par a la espera de la llegada de los vecinos y los amigos, los balcones ocupados por el letargo del ambiente, caballos primero y bicicletas luego recorriendo las calles despavimentadas de la isla, llevando y trayendo noticias locales, los caracoles avisando la llegada de las goletas al muelle y la vida en calma dentro de las actividades heredadas de sus antepasados. Eran tiempos en que las motocicletas no ocupaban las calles ni mucho menos se compartía el espacio con los automóviles, hasta que las familias más prestantes integraron estos vehículos a la vida diaria de la isla. Se vivía en un ambiente de total tranquilidad, apartados del contacto continuo con otras zonas geográficas continentales pero muy comunicados con la zona del Caribe y las Antillas.

La gastronomía típica de la región ocupaba las mesas de las familias nativas con rundown, bread fruit, sopa de cangrejo, plantain tart, crabs backs, bami, dumplings, entre otros. Esta vida apacible y amable con sus habitantes logró sostenerse “casi intacta” hasta que se incentivó el contacto con el interior del país con la declaración de intendencia en 1912. Era, y aún puede considerarse como la región apartada del continente Colombiano, mas no para las demás islas del Caribe con las cuales mantenían relaciones comerciales y sociales, ya que muchos isleños residían en otras islas caribeñas, y en el momento de las absurdas divisiones territoriales poscoloniales, gran cantidad de lazos familiares se rompieron a causa de aquellas soberanías territoriales arbitrarias. Muchas familias se

disgregaron y se tuvieron que instalar definitivamente en Puerto Limón en Costa Rica, Colón en Panamá o Bluefield en Nicaragua, perdiendo su nacionalidad colombiana y alejándose de sus familiares sanandresanos.

Aunque la promulgación de la intendencia permitió algo de independencia en las decisiones concernientes a la política y la economía, el gobierno central no tuvo en cuenta la particularidad geográfica y social del archipiélago, detalles determinantes a la hora de dirigir el correcto desarrollo de esta región tan alejada y por lo tanto tan olvidada por el gobierno colombiano. Con sumisión y respeto, la comunidad raizal recibió en un comienzo la nueva legislación y las normas que se impusieron afectando sus tradiciones y legado ancestral. Hubo sumisión al comienzo, más no aceptación absoluta de las normas impuestas, en tanto que sentimientos de rechazo nacieron para conservar las tradiciones que se tendían a invisibilizar dentro del grupo raizal, ante la influencia de las culturas inmigrantes y la campaña nacionalista. En ese instante, la solidaridad y el espíritu de unión que ha caracterizado la población nativa alentó la organización alrededor de un proyecto de reivindicación de su cultura que se extendería y tomaría fuerza en la década de los ochenta.

A finales de los años setenta, la superpoblación, los problemas de aseo y la falta de servicios públicos esperaban por una solución pronta que beneficiara el bienestar general de la población isleña y frenara el deterioro del ecosistema insular. En 1982, fecha en la cual se marca el punto de partida de la presente investigación, Miss Dilia Robinson de Saavedra entregó la intendencia a Simón González Restrepo, intendente elegido por el entonces presidente Belisario Betancur Cuartas conocido también como hombre de letras y fiel discípulo de las causas culturales. Para esta época, la población raizal de la isla de San Andrés se consolidaba alrededor de sus tradiciones culturales, partiendo de elementos

claves: la corporalidad y el acerbo material como el nodo de resistencia y de presión frente a las formas de gobierno y la cultura oficial, en pro de la defensa del legado de sus ancestros caribeños y de sus tradiciones heredadas de África, Inglaterra, Holanda y las Antillas, hacia una resistencia cultural que se elevaba hacia los demás aspectos relacionados con su sociedad.

Esta resistencia nació y se consolidó con la iniciativa de los líderes de esta comunidad nativa desde 1912, y pese a las dificultades sociales, económicas y políticas de la época, el gobierno del Intendente Simón González (1982-1986) creó espacios mediáticos entre la tradición y el desarrollo a partir de obras sociales y de infraestructura, que pretendieron reivindicar los elementos más importantes de la cultura isleña y otorgarles un lugar importante en la cotidianidad de los sanandresanos. Dichas obras llevadas a cabo en este periodo procuraron recuperar la cultura aislada y minimizada por la densidad de la población inmigrante. Las consecuencias del Puerto Libre, implantado desde 1953, se notaban en el acelerado proceso del cambio cultural, la crisis económica y social por la ausencia en el control en la inmigración, el deterioro de los recursos naturales y la falta de planeación.

Las expresiones culturales que comprometían la oralidad y la corporalidad sufrieron un apocamiento. Esto quiere decir, que aquellas tradiciones que en algún momento se compartían y se convertían en actividades privadas de participación pública, ahora se desarrollaban en espacios mas privados, menos públicos. Con la llegada del servicio de energía permanente, la televisión y la radio, aquellas reuniones sociales que convocaban los sectores de los nativos disminuyeron. Los cuentos contados por los abuelos, pasaron a un segundo plano para los niños y los adolescentes al igual que las rondas y la música autóctona. Se oponía todo esto a la cultura oficial identificada fácilmente por la imposición del idioma español, la religión católica y por tanto, las nuevas actividades

cotidianas: los medios de comunicación, la educación, algunos cargos oficiales y empleos acorde al nuevo sistema económico, exigían el uso continuo del idioma oficial, otro tipo de educación apartada de la promulgada por las iglesias bautistas, y otro tipo de comportamiento e interacción con el resto de la población de la isla, lo que trajo como consecuencia la disminución de las prácticas culturales y económicas cotidianas, debido a que el uso del tiempo se replanteó sobre actividades dependientes del turismo y el comercio en los hoteles, el transporte de turistas, el servicio de guía y participación parcial del nuevo orden económico, alejándolos de la agricultura, la pesca, las artesanías y su vida privada, en familia, como comunidad integrada alrededor de actividades que rememoraban su pasado. Los momentos de esparcimiento y diversión, se caracterizaron por la incursión de nuevos ritmos: vallenato, champeta, pop, tropical, rock y hasta música para tomar trago, provenientes de otras regiones del país.

Teniendo en cuenta estos antecedentes generales, para desarrollar esta investigación, acudimos a las fuentes escritas, más que orales, que permitieran fundamentar las obras gestionadas desde la intendencia, en beneficio de la comunidad raizal y de la isla en general. Entre ellas se encuentran: las noticias de prensa nacional y local, relacionadas con la gestión intencional de González y la situación del archipiélago, un informe intencional, así como parte de la correspondencia dirigida entre los líderes raizales y el gobierno regional. Dentro de las fuentes orales, se incluyen algunos testimonios de habitantes de la isla antes, durante y después del periodo intencional de Simón González. El análisis de dichas fuentes, proporcionó una visión un poco mas amplia en lo que concierne a una realidad social vista desde la lupa del periodismo, una versión oficial y un testimonio de la realidad vivida y enfrentada en el día a día de los habitantes de la isla.

Aunque la escasa información gubernamental local de aquella época dificultó un poco la investigación, los archivos periodísticos abrieron una mampara de la cotidianidad de la isla, que se corroboró con la presencia de las construcciones arquitectónicas que todavía

se encuentran en pie. Los trabajos y las investigaciones adelantadas sobre la cultura isleña, su gente, sus costumbres y su realidad en diferentes momentos de su historia, también proporcionaron información en cuanto a la cultura en general, sus costumbres, el idioma, el contexto histórico y las controversias entre la necesidad del desarrollo dentro de la globalización y la necesidad de conservar mantener intactas sus tradiciones. Cabe aclarar que para la presente investigación no se tomaron en cuenta las cifras de inversión y las contrataciones durante ese periodo intendencial. Nuestro interés se centró en el aspecto cultural y en los procesos de resistencia y mediación de la época basada, en la promoción de actividades socioculturales que apoyaron el trabajo y el interés de los nativos por preservar sus tradiciones.

Con respecto al estado del arte al que se acudió en la presente investigación, y teniendo en cuenta el problema aquí planteado, se nota una ausencia clara de la situación cultural de la década de los ochenta en la bibliografía consultada. Dichos trabajos identifican los elementos culturales identitarios utilizados y aplicados en la resistencia cultural de este periodo, hacen referencia a la resistencia, a sus integrantes raizales y a la situación socio económica de la isla, mas no los relacionan con la gestión de la intendencia ni con la presencia de Simón González durante la década en estudio. Trabajos de investigación desarrollados por el Profesor Forbes en el área sociolingüística, Isabel Clemente en la temática cultural y ancestral africana, Nina de Friedemann en el aspecto religioso y oral de la isla, Ángel Perea Escobar en la música y los ritmos caribeños y sanandresanos o Clara Sánchez en la arquitectura tradicional entre otras, permiten conocer la riqueza cultural del archipiélago y a su vez mantienen la continuidad entre las raíces ancestrales y la inserción de ellas a la corriente de progreso y modernidad.

Esta investigación entonces, pretende contribuir con aquellos estudios previos, los cuales han aportado a la recuperación de la memoria histórica de esta comunidad. Se pretende

rescatar las labores del gobierno intendencial de Simón González Restrepo las cuales permitieron posicionar elementos culturales propios de los nativos, integrándolos en la cotidianidad y la geografía de la isla. La pertinencia social de la investigación se encamina hacia el aporte en la defensa de la tradición cultural de los raizales de San Andrés, en la medida en que recuperan su memoria en las prácticas corporales, y ayuda a proporcionar alternativas desde la cultura, retomando las buenas acciones y experiencias del pasado, para aplicarlas en el presente con proyección hacia el futuro, y así evitar la invisibilidad de este grupo en su misma geografía y ante el resto de la nación.

Para esta investigación, hemos tomado elementos culturales que permiten un nuevo marco de referencia tal como el llamado del caracol, las viviendas en madera y la importancia de las construcciones, recuperaciones de las iglesias protestantes y el Green Moon Festival lo que dará fundamento a la investigación planteada, al entrar en relación directa con la resistencia nativa y la mediación de González para la reivindicación de dicha cultura en el contexto global de la isla.

Nuestro objetivo es demostrar una relación directa, entre las políticas de desarrollo implantadas durante el periodo intendencial de Simón González en la década de los ochenta y la resistencia, a través de las tradiciones culturales corp-orales y materiales de la población nativa utilizadas frente a la cultura oficial y a partir de una visión general de la realidad regional, se podrá ubicar la problemática social de la isla de San Andrés en el periodo histórico a trabajar. Ya que no se puede hablar de cultura como algo homogéneo que incluye la totalidad de los individuos, es apropiado, “referirse a grupos culturales analizando sus unidades básicas internas tales como las costumbres, los rituales o la vida cotidiana, (Margulis, 1997, p. 41) y la manera como estas subculturas se relacionan socialmente en la diacronía, es decir, tras haber extraído la subcultura raizal del marco global, debe ser insertada con la nueva interpretación la cual permitirá explicar un

fenómeno dinámico dentro de una estructura social y afirmar la cultura como fuente fundamental de comprensión histórica recurriendo a ciertas categorías de análisis las cuales permitirán comprender el desarrollo del problema planteado.

En primer lugar, la categoría **Raizal** es tomada de las definiciones de los mismos integrantes de este grupo social, quienes se definen o se identifican como aquellos descendientes de los primeros grupos llegados al archipiélago en tiempos de esclavitud. Cabe aclarar en este punto, que los nativos sanandresanos se sienten descendientes directos de grupos africanos, pero son conscientes del rápido proceso de mestizaje que se dio en aquella época con europeos y probablemente, con indígenas Miskitos provenientes de las costas de Centroamérica. Esta categoría entonces, permite diferenciar claramente el grupo cultural conformado por los habitantes nativos y sus descendientes del resto de habitantes de la isla. Ellos, como grupo social activo, hacen parte o tienen relación directa con la segunda categoría que es **Resistencia**, entendida para este caso, como la forma de lucha basada en el conjunto de acciones y construcciones sociales y discursivas (discurso oculto y discurso público) que reflejan su identidad y pertenencia a una matriz cultural distinta a la de la Colombia continental por medio de las cuales, los nativos crean espacios para ser escuchados y respetados según su idiosincrasia, prácticas, usos y costumbres con respecto a los demás grupos de su región insular generando procesos de defensa de su cultura. Estos discursos, según lo afirma James Scott en su libro *los dominados y el arte de la resistencia*, “son el vehículo de la resistencia, mantienen viva y en permanente conflicto las relaciones entre aquellos grupos sociales que comparten un espacio geográfico y ambientan espacios para la comunicación y la expresión de los grupos sociales” (2004, p. 39). Para este caso, tanto los raizales, los isleños y los gobernantes, manejan su propio discurso público en diferentes ámbitos, en donde no solo se acude al discurso oral sino que se pone de manifiesto un conjunto de prácticas culturales que marcan las diferencias y a su vez avivan el interés por mantenerse en la escena cultural y

política, construyendo momentos y ambientes propicios para la resistencia raizal. Para dicha resistencia, los raizales han acudido al uso del idioma creole, las danzas, la música típica tradicional, la religión, la arquitectura y la tradición contra la homogenización y políticas implantadas desde el gobierno central. Por último, la categoría de **Corp-oralidad**, que hace referencia al cuerpo y la oralidad ensamblados en un mismo plano en cuanto al comportamiento y la interacción humana. María Soledad Moreno se refiere a esta categoría como parte esencial de la comunicación: “La comunicación humana es corp-oral, es decir, integración de gestos y palabras” (1992, citado en Maya, 1991) y desde este punto de vista, esta categoría encierra y recoge los gestos, las expresiones, la arquitectura, las creencias y todo tipo de acción que emitan un mensaje.

Para el periodo en estudio, la legislación colombiana no reconocía la diversidad étnica del país y por lo tanto, los grupos de población afro, indígena y demás, permanecían en constante desventaja con respecto a la totalidad de la población colombiana. Dicho reconocimiento ante la legislación nacional, se presentó hasta el primer año de la década de los noventa, con la reforma constitucional de ese mismo año, llevada a cabo bajo el gobierno de Cesar Gaviria Trujillo. La década de los ochenta, pudo ser también ese primer paso para lograr el reconocimiento de las minorías y hacer respetar sus derechos, pero fue también un periodo en el que factores externos como el tráfico de drogas se aprovecharon de esa indiferencia gubernamental. Durante los ochenta, el fenómeno del narcotráfico fue determinante en el desarrollo negativo de la isla. La adquisición de terrenos como fincas y casas facilitó la construcción de grandes hoteles y locales comerciales que a la postre, se convertiría en la puerta hacia el incremento de la inmigración desordenada y la pérdida de valores en la población más joven, al verse avocados a enfrentar la dura situación económica frente a las posibilidades de dinero fácil y por ende, un “mejor nivel de vida” comparado con lo que hasta ahora conocían como nivel de vida.

Es así, como en la constitución de 1991, en los artículos 7, 10 y 310 de la Constitución Política de Colombia se incluyen esas regiones vulneradas por la indiferencia. “El artículo 7 reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana; el artículo 10 por su parte, reafirma al castellano como la lengua oficial de la nación colombiana, sin embargo reconoce que las lenguas de los grupos étnicos son también oficiales en sus territorios, por lo que la enseñanza que se imparta en dichas zonas deberá ser bilingüe. Igualmente, el artículo 310 declara que “el Archipiélago de San Andrés y Providencia tendrá su propio régimen especial de administración en materia de migración, régimen fiscal, entre otros, para proteger la identidad cultural de las comunidades nativas y preservar el medio ambiente y los recursos naturales del Archipiélago””(Observatorio de Derechos Humanos [ODH], 2007, p. 4), reconociendo en parte, la necesidad de aplicar un régimen administrativo diferente al del resto del país en concordancia con la realidad geográfica, social y ambiental de las islas.

Para los ochenta, mientras en la Colombia continental Pablo Escobar sembraba el terror en las calles, los grandes dirigentes políticos eran asesinados y el terrorismo se tomaba los titulares de los principales medios de información, San Andrés continuaba con su lucha interna por regular la inmigración y reducir la delincuencia, la drogadicción y todos los problemas que se desprendían de la superpoblación en un territorio tan pequeño en donde los recursos naturales presentaban una descompensación en relación a la demanda demográfica. Los nativos de la isla se organizaban en un SOS para defender su territorio y sus costumbres mientras que un isleño, no nativo, soñaba, mientras hacía realidad parte de los sueños de los habitantes de la isla, en medio de un paraíso que no alcanzaba la perfección, pero que poseía el mejor de los secretos para poner en marcha un proyecto social como nunca antes visto: echar mano del optimismo de sus gentes, del deseo por conservar las tradiciones que memoraban los abuelos y del encanto de la naturaleza que rodeaba el archipiélago.

El desarrollo de esta investigación se divide en cuatro capítulos. En el primero, titulado San Andrés: Colombia con corazón de coco, se encuentra el contexto histórico que inicia con la llegada de los primeros pobladores y finaliza con la realidad de la isla en la década de los ochenta. Este capítulo permite vislumbrar el origen de la población raizal como grupo social heterogéneo, lo que conecta el segundo capítulo titulado Raizales y resistencia cultural, en donde se encuentran las características sociales y culturales de este grupo heredero de tradiciones, y a su vez, cómo se engranan dentro del ciclo de desarrollo y cambio del archipiélago, hasta llegar al proceso condensado de la resistencia. Hasta ese punto del trabajo el protagonismo gira en torno a la población raizal. A lo largo del tercer capítulo titulado Obras son amores, aparece un nuevo protagonista en la historia de la isla. Se trata del intendente Simón González Restrepo. En esta parte de la investigación, es de gran pertinencia conocer la biografía del intendente, su gestión, y las obras realizadas durante su periodo de gobierno estrechamente relacionadas con el interés nativo de salvaguardar sus raíces, para que finalmente, en el cuarto y último capítulo titulado Brother Simón: un mediador, se entremezclen los dos capítulos anteriores y, a manera de conclusión, permitirá mostrar la relación directa que se gestó entre la población raizal sanandresana, el periodo intendencial de Simón González, y su participación y actuación como elemento mediador entre la resistencia nativa y la conformación de esa nueva sociedad que debía incluirlos junto con los nuevos actores sociales que seguían llegando de diferentes partes del país y del mundo, decididos a hacer de aquella pequeña isla, su nuevo territorio.

## **CAPÍTULO I**

### **SAN ANDRÉS: COLOMBIA CON CORAZÓN DE COCO**

En el Caribe suroccidental a 168 Kilómetros frente a las costas de Centroamérica, a 480 kilómetros de Colombia y a 400 kilómetros de Panamá, se encuentra el Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Por su extensión de doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados es el departamento más extenso del país y ocupa alrededor del diez por ciento del área total del Caribe (Uribe, 1999, p. 20). Su historia se ha visto siempre rodeada de sentimientos de abandono y aislamiento por parte del gobierno, pero a su vez de un paisaje mágico que ha servido de escenario a piratas, conflictos militares y controversias diplomáticas “conservando su ambiente de tranquilidad y paz” comparado con la dura realidad de inseguridad y problemas de guerrillas y paramilitares de la Colombia continental, claro está, sin dejar de lado la dura crisis social que presentaba la población isleña tras la llegada de cargamentos de droga rumbo a distintos destinos originados en el archipiélago.

Antes de la llegada de los puritanos ingleses a bordo del Seaflower en 1629, la vida de la isla posiblemente descubierta en el siglo XVI, era solitaria y se dice que de vez en cuando era visitada por indígenas Miskitos quienes habitaban las costas de Nicaragua y se acercaban a la isla para abastecerse de frutos, coco, animales pequeños, agua potable, entre otros. El basto conocimiento histórico de Mr Walwin Petersen, plasmado en su obra *The Province of Providence* (2002, p. 26), da cuenta que aquellos puritanos que se acercaron a sus costas a bordo del Seaflower, vieron una oportunidad para alejarse de las persecuciones religiosas en su continente, se establecieron en la isla e “iniciaron la plantación y el comercio de tabaco, caña de azúcar, índigo, rubia y algodón, además de productos para el consumo local como: batata, fríjol, higo, naranja, yuca, plátano, piña y banano. También se dedicaron a la cría de cerdos y aves de corral, a la pesca y a la captura de tortugas”(2002, p. 28). Las islas eran también frecuentadas por piratas y

corsarios utilizándola como centros de operaciones y abastecimiento de víveres y agua. La ubicación estratégica sobretodo de Providencia permitió crear un fortín que facilitaba la vigilancia del paso de embarcaciones. Las rutas navieras con esclavos comandados por ingleses, holandeses y portugueses, encontraron también un destino propicio para el cultivo de coco y productos tropicales. Algunos africanos se quedaron en Providencia y la mayoría, se ubicaron en San Andrés durante el período de plantaciones aún después de haber declarado la abolición de la esclavitud en 1834.

En 1802, sus habitantes firmaron una carta respaldada por la Junta de fortificaciones en solicitud de pertenecer a la Nueva Granada, manifestando su inconformismo con la administración del reino de Guatemala y resaltando la cercanía a Cartagena para sus intercambios comerciales (Uribe, 1999, pp. 44-50). Para 1822, la isla pasó a pertenecer a Colombia sin cambiar la situación que se vivía: separación, olvido, invisibilidad y participación nula en las decisiones políticas y económicas. Los nuevos habitantes se apropiaban de su espacio geográfico continuando con las labores agrícolas, sembrando y exportando algodón y coco, construyendo sus viviendas e integrando las actividades marítimas y terrestres a su cotidianidad. En medio de esta convivencia cada grupo social (descendientes de africanos y europeos) aportaba, sin pensarlo, fragmentos culturales que se integraban permitiendo así el nacimiento de una nueva cultura que actuaría en adelante como la esencia del grupo raizal.

Tal y como lo afirma el profesor Juan Carlos Eastman en su trabajo titulado *Memorias de un visitante*, el archipiélago se encontraba dependiendo de la gobernación de Bolívar desde 1887, lo cual sus habitantes no aceptaban por que se sentían “atropellados por la corrupción y hostilidad por parte de la administración bolivarense que usufructuaba el manejo de los asuntos nativos” (1988., p. 57). La precariedad en las comunicaciones y el olvido hacia el archipiélago, permitió que los naturales tuvieran un periodo de aparente “tranquilidad”, en donde la explotación de los recursos cubría las necesidades de los

pocos habitantes y el coco se exportaba en grandes cantidades hacia el exterior (Estados Unidos) hasta 1932, fecha en la cual el auge de este fruto comenzó a desaparecer paulatinamente por múltiples factores como la proliferación de ratas en la isla, huracanes, la fiebre del oro en California y la apertura de nuevos mercados en las Antillas. En la misma investigación, el profesor Eastman trabaja en la experiencia de un visitante que estuvo en la isla hacia la mitad del siglo XIX, y en sus escritos confirmó el auge del coco en San Andrés, y la importancia de este producto para la época en que este visitante frecuentó la isla.

“La colina se alza suavemente y todas las faldas se encuentran sembradas de palmas de coco. Es la vida de la isla, es su riqueza, su todo. El coco, su cultivo, su recolección, su exportación, es la única fuente de entradas que tiene San Andrés.” (1988, p. 71)

El interés de los nativos sanandresanos por depender directamente del gobierno central los llevó a elevar solicitudes al presidente Carlos E. Restrepo el 28 de diciembre de 1911, para declarar el archipiélago intendencia nacional. Posterior a esta decisión, se creó un debate en el gobierno central al poner en duda “la identidad nacional de sus habitantes, la debilidad de su identificación con el continente y la conveniencia de erigir el territorio insular en una entidad territorial fuera del control administrativo y político de Cartagena”. Finalmente, en 1912, tras promulgar la ley 52 el 22 de enero de 1913, y con la posesión del primer intendente continental se inauguró la intendencia de San Andrés y Providencia (1992, p. 3). Esta decisión gubernamental, para los raizales, significaba autonomía y participación en las decisiones administrativas de su territorio lo cual no ocurrió, y visiblemente desde un comienzo el cargo de la intendencia lo ocupó un continental nombrado directamente por el gobierno central.

Con la aprobación de la ley 52, se abrieron esperanzas en los pobladores al pasar a la administración nacional. Pero esta misma administración nacional, en su afán de unificar el territorio e integrar al archipiélago al proyecto nacionalista decidió “colombianizarlo”, y para lograrlo se pretendía homogenizar el territorio colombiano reemplazando la religión, la lengua, las costumbres, la educación y la cosmogonía, ignorando el pasado histórico. Se emprendieron entonces, “cruzadas católicas” hacia la isla a cargo de los religiosos capuchinos para que la conversión a la fe católica fuera el primer paso para esa colombianización o integración al continente. Estas medidas no solo comenzaban a romper fuertes eslabones en la estructura social y cultural de los naturales de la isla, sino que además abrían las puertas a nuevos habitantes los cuales, inevitablemente influirían en la cultura local con su carga cultural.

El ser católicos le permitía a los nativos ocupar cargos públicos (job catholics), mientras que la educación en los establecimientos educativos que hasta ese momento habían sido dirigidos por los pastores protestantes, debía impartir las clases en español dentro del currículo nacional aprobado, y, además del interior debían llegar maestros bilingües que finalmente implantaron el método memorístico (Clemente, 1989, pp. 181-207) para la enseñanza, como lo señala Isabel Clemente. Este método memorístico, no permitía ampliar la capacidad de análisis en los alumnos, sino que por el contrario, obligaba al uso exclusivo de la memoria como método en el proceso de aprendizaje de los jóvenes y niños, quienes obligados a cumplir con un currículo educativo impartido en un idioma ajeno, memorizaban los contenidos sin tener plena conciencia de la pertinencia de dichos contenidos y relegaban el análisis correspondiente. Los estudiantes que antes se preparaban sobre principios religiosos protestantes se enfrentaban a un lenguaje diferente y ajeno que no era posible entender fácilmente y que era excluyente con sus tradiciones culturales. Además, los conocimientos adquiridos con este nuevo currículo rompían el eslabón de tradiciones y enseñanzas útiles aplicables en la cotidianidad de la isla. Con esta nueva lengua (español) no se cantaba, no se jugaba, no se leía la biblia ni mucho

menos comunicaba sentimientos con los suyos. El español se convirtió en el puente comunicacional formal.

Pero el plan de colombianizar al archipiélago no deterioró por completo la cultura isleña de la época, y la esencia de sus tradiciones y costumbres pervivieron dentro de su comunidad. La “colombianización” pretendía entonces, separar a sus habitantes de los lazos culturales que albergaran la posibilidad de pensar en otro Panamá: cambiar la religión protestante por la religión católica, enseñar el castellano y evitar el uso del inglés o creole (que para la época se reconocía como un inglés mal hablado). El proyecto de colombianización y de transformación del archipiélago, claramente se veía venir con la creación de la intendencia, cuando el inspector general del censo nacional Santiago Guerrero presentaba una línea de acción política que finalizaba diciendo: “nuestra religión, nuestro idioma, nuestras costumbres, serán las de ellos” (Eastman ,1992, p. 1). El más afectado en un comienzo fue el sector agropecuario, pues la venta de terrenos no se hizo esperar. Las áreas propias de los nativos se redujeron y con esto los cultivos, los cementerios familiares, la cría de animales y aquellos espacios en donde se departía, se jugaba o simplemente se buscaba sombra para el sol fuerte de medio día.

En 1953, los habitantes del archipiélago recibieron la visita del presidente Gustavo Rojas Pinilla quien ordenó declarar la isla como Puerto Libre, otorgándole privilegios tributarios y autorizando la construcción del aeropuerto, obviamente para facilitar el ingreso de colombianos del interior. Algunos llegaron como simples visitantes, otros aceptaron la idea de poblar ese pedazo colombiano “despoblado” y crear en ella una pequeña patria con la presencia de fuerza pública, y lentamente instalar los demás organismos gubernamentales dentro de la intendencia. El aspecto físico de la isla comenzó a cambiar. Los rellenos de áreas marítimas costeras aumentaron su tamaño y fueron utilizados para expandir el turismo, el comercio y la urbanización para inmigrantes. La gran mayoría de

los testimonios, señalan esta decisión como la raíz de todos los problemas que actualmente carga la isla y que para la década de los ochenta no era diferente.

Entonces, con la declaración de Puerto Libre una buena cantidad de habitantes de origen continental se establecieron y su demografía comenzó a crecer desordenadamente desplazando a los primeros habitantes, los raizales, y reduciendo sus espacios dentro de la isla. La belleza de sus playas, sus paisajes y su riqueza abrieron la posibilidad de crear un buen destino turístico y de explotación de recursos, lo que implicaba nuevas perspectivas de trabajo para los habitantes y un cambio en la sociedad que hasta ahora se consideraba auto sostenible. Maleteros, taxistas o comerciantes itinerantes reemplazaron a una porción de agricultores, pescadores y artesanos nativos. La migración descontrolada de continentales y extranjeros a la isla provocó superpoblación, y con esto las consecuencias que esto acarrea: limitación de servicios públicos, urbanización sin planeación y brechas culturales que daban paso a un tímido proceso de integración cultural. Varias investigaciones se han realizado alrededor de este tema y todas coinciden en que “aquella decisión se presentó en un comienzo como un proyecto de unificación de intereses para Colombia y oportunidades de desarrollo económico para esta región insular, trajo como consecuencia un desarrollo hacia afuera y en contravía a los intereses y las aspiraciones del pueblo raizal isleño” (Castellanos & Solano, 2000, pp. 145-170) tal y como se enuncia en el trabajo realizado por Osmani Catellanos y Yusmidia Solano en los cuadernos del Caribe que recogen las opiniones de diferentes actores sociales de la isla.

Aunque se construya una imagen no tan favorable de la medida del puerto libre, es innegable que el gobierno del General Rojas abrió la puerta a oportunidades de transacciones comerciales con el continente colombiano, pero a su vez, cometiendo el grave error de no articular la cultura tradicional, manteniéndose alejados e indiferentes

ante la crisis social que esta decisión provocaba. Con el tiempo, la economía decayó de tal manera que la población raizal en edad productiva se vio avocada a buscar alternativas. Algunos hijos de raizales viajaron hacia el continente para realizar estudios superiores, pero a su regreso no encontraron nada que hacer. Otros, optaron por no aplicar sus conocimientos profesionales en la isla. Algunos decidieron embarcarse en cruceros, actividad que les permitía mayor capacidad de ingresos, pero significaba también el abandono total de las actividades laborales tradicionales y el deterioro de núcleos familiares.

En la isla no existían empleos que pudieran ofrecer un salario justo y acorde a la preparación profesional que obtenían en centros educativos de otras ciudades, y menos, podían acceder al mundo laboral aquellos jóvenes que no tenían la oportunidad de salir de la isla para adelantar estudios técnicos o profesionales, ya que las instituciones que debían cumplir esta tarea eran escasas o nulas en esta región insular. Los pocos isleños nativos que se quedaban, se preparaban para continuar con las labores familiares, es decir, heredaban aquellas actividades que por años habían realizado sus padres y abuelos (pesca, agricultura, ganadería, cría de especies menores y artesanías).

El crecimiento urbano desordenado y la superpoblación provocaron la aparición de cinturones de miseria que desencadenaron problemas sociales como el pandillismo, la delincuencia, la prostitución y la drogadicción. Por la ubicación estratégica de la isla, los traficantes de drogas se instalaron allí convirtiéndola en su fortín y puerto de mercancía ilegal, generando “empleo” para los jóvenes que encontraron en esto una salida rápida y fácil a la crisis económica. En los treinta años siguientes a la implantación del puerto libre, la problemática social no mermó sino que por el contrario se acrecentó. La década de los ochenta para San Andrés era entonces, la continuación de la crisis regional con elementos diplomáticos nuevos que entraban a hacer parte de su diario vivir. El 4 de febrero de 1980 los nicaragüenses declararon nulo e inválido el Tratado Esguerra-

Bárcenas de 1928, que establecía los límites territoriales entre Colombia y Nicaragua alegando de nuevo el derecho a la soberanía sobre el archipiélago (Uribe, 1999, p. 11). A partir de ese momento, tanto el gobierno central como local respondieron a las reclamaciones de Nicaragua de manera formal, mientras que reforzaron la seguridad con presencia militar en las islas, cayos y en las áreas marítimas tratando de beneficiar y proteger las áreas pesqueras colombianas y a los pescadores isleños.

Colombia, en la década de los ochenta vivió, entre muchos sucesos, la visita del Papa Juan Pablo II en 1986, la toma del Palacio de Justicia por el movimiento guerrillero M-19 y la erupción del volcán Nevado del Ruiz que sepultó la población de Armero en el Departamento de Tolima en 1985, la construcción de la Central Hidroeléctrica del Guavio en 1981, la bonanza cafetera de 1986, una desaceleración del crecimiento económico y una ofensiva de actos violentos perpetrada por Pablo Escobar para impedir procesos de extradición de colombianos hacia Estados Unidos.

Mientras tanto, el archipiélago, rodeado de su mar de siete colores y resguardado por las diosas del mar que recorren la barrera de coral, intentaba permanecer y adaptarse al duro proceso de integración cultural que le había sido impuesto casi en el mismo momento en que las islas fueron descubiertas. Su problemática diaria, no conocía atentados terroristas, ni secuestros, ni mucho menos asesinatos de dirigentes políticos. Sus preocupaciones inmediatas apuntaban a un control más estricto de los visitantes e inmigrantes, a crear plazas de empleo, a controlar las rutas de narcotráfico para evitar un futuro poco promisorio en los jóvenes, y a establecer un reglamento eficaz en la conservación del medio ambiente abastecedor de productos.

San Andrés ha sido esa Colombia con corazón de coco que en algunos casos no se tiene en cuenta, ni en los mapas de los libros pedagógicos, pero que aún así continúa siendo la representación en el mar Caribe. Sus paisajes que siempre se comparan con el paraíso

añoran aquellos años en que el sonido del mar, el galope de caballos y el viento en las palmeras eran los únicos que rompían con el silencio y la tranquilidad. Es esa Colombia con corazón de coco, que aún resguarda con recelo los herederos de sus primeros habitantes y que transmite en su naturaleza, la fuerza que los nativos necesitan para continuar con aquella resistencia que también se ha mantenido en pie como una palmera, a pesar de los procesos de globalización y de mezcla cultural inevitable. Es esa Colombia con corazón de coco, que lucha y solicita al gobierno central, se respeten sus derechos, se regule la inmigración y se tenga en cuenta la población minoritaria nativa del archipiélago en las decisiones políticas, sociales y económicas de su territorio.

## **CAPÍTULO II**

### **RAIZALES Y RESISTENCIA CULTURAL**

En el archipiélago la presencia raizal es cada vez más tenue y su historia ignorada y poco conocida por el resto del país. Las costumbres y los rasgos característicos que los diferencian de los extranjeros, de los isleños y de los residentes han cedido a la nueva avalancha e hibridación cultural a la que se ha visto expuesta la cultura nativa sanandresana. Su historia existe, pero se desdibuja entre los detalles por los que se conoce e identifica comúnmente el Departamento de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Las playas, los paseos en lanchas, los deportes náuticos y la agitada vida nocturna que todos sus visitantes esperan encontrar a su llegada no permiten conocer la valiosa carga cultural e histórica heredada de sus primeros habitantes.

A partir del reconocimiento como grupo cultural diferente y único, se hizo necesario para la población raizal definirse e identificarse a partir de sus parámetros culturales, sociales, humanos e históricos. Una de estas definiciones emitida por un habitante raizal dejan ver el origen de su idiosincrasia: “El término raizal hace referencia a personas que han nacido en el archipiélago, que poseen relaciones culturales con el grupo originario, angloparlante, de ascendencia inglesa y de esclavos, que viven dentro del territorio [...]. Si es hijo de un raizal con un residente mantiene el tronco raizal, pero si es nacido en la isla de padres no raizales, es residente. No se trata solo de un apellido o un parentesco. Se requiere que haya permanecido en la isla un mínimo de dos generaciones, que tenga un vínculo cultural y de sangre materna o paterna” (Cuadernos del Caribe No. 4, 2002, p. 39). Como lo enuncia la definición anterior, los raizales son “quienes descienden de los pobladores originales: africanos, ingleses, escoceses, irlandeses, holandeses y franceses y quienes por sus características lingüísticas, sociales y territoriales conforman una etnia”(Friedemann, 1989, p. 140), reconocida así a partir de la constitución de 1991 y que ha marcado la existencia del “otro”, del diferente culturalmente, utilizando esto como

punto de partida en el proceso identitario para declarar y hacer visibles las diferencias que a través de manifestaciones culturales y discursos, han estado en lucha permanente no violenta por espacios, momentos y toma de decisiones dentro de su territorio. Sus antepasados, los mismos que hicieron su primera llegada a Jamaica y que se asentaron en la isla de San Andrés para realizar trabajos agrícolas en las plantaciones de palma de coco principalmente desde 1841 (fecha que marca el inicio de lo que se denomina el *siglo del coco*\*) (Clemente, 1994, p. 332), fueron testigos de las disputas por el dominio del territorio entre España e Inglaterra mientras se organizaban en sus espacios públicos (plantaciones), y privados (lugares de reunión y vivienda), e hicieron todo lo posible por mantener su comunicación espiritual con su Mama África, porque “aunque los africanos en la trata llegaran desnudos de sus trajes, armas y herramientas, desposeídos de sus instrumentos musicales y de bienes terrenales, por fuerza traían consigo imágenes de sus deidades, recuerdos de los cuentos de los abuelos, ritmos de canciones y poesías o sabidurías éticas, sociales y tecnológicas”(Friedemann, 1993, p. 91) que al entrar en contacto/conflicto con las costumbres europeas se condensaron en una amalgama cultural, que con el tiempo sentaría las bases de una cultura angloparlante, insular, y regida por principios protestantes.

La cultura sanandresana raizal, ha sido el producto de la interacción de grupos a través de la historia (europeos, africanos, indígenas, continentales), y este proceso podría tomarse como un “cambio cultural” en la medida en que han cedido espacios y costumbres dentro del desarrollo, tanto económico como social, y enmarcándose dentro de la cultura popular, entendida aquí dentro de una sociedad estratificada, en los términos de Mario Margulis, como “la cultura de los de abajo, [del pueblo] fabricada por ellos mismos, carente de medios técnicos. En donde sus productores y consumidores son los mismos individuos: crean y ejercen su cultura. No se hablaría de una cultura para ser vendida sino

para ser usada por el mismo grupo, la cual responde a las necesidades de los grupos populares”(1997, p. 44) porque su esencia se encuentra en las costumbres y tradiciones. Se enfrenta esto, a la cultura oficial, a la impuesta por los grupos de poder y esquematizada en la unificación de símbolos homogenizantes como los himnos, la lengua, las costumbres, la religión o la política ayudados por los medios de comunicación masivos los cuales han establecido mayor control sobre la difusión cultural y por ende una represión de las condiciones necesarias para la creación de espacios culturales propios, manejando una emisión permanente de arriba (clase dominante) hacia abajo (clases dominadas) (Margulis, 1997, p. 51). Lo que para este caso podría identificarse como la clase dominada, es decir, el grupo raizal, decidió en conjunto, aquello que se tomaría y se transmitiría como parte del discurso público, que, como lo anota James Scott, es necesario este discurso para entrar en el ambiente político, contrarrestando y enfrentando las disposiciones que de una u otra forma provienen de la clase dominante, que por las circunstancias históricas de la isla, le han otorgado ese calificativo a la clase gobernante. Para la distinción cultural en San Andrés es pertinente acudir a Scott, quien afirma que “la singularidad de la expresión cultural de los grupos subordinados se debe en gran parte a que, al menos en ese ámbito, el proceso de selección cultural es relativamente democrático. En efecto, los practicantes de esa cultura (la dominada o raizal), escogen las canciones, cuentos, danzas, textos y ritos que quieren destacar; los usan para sus propios fines y, por supuesto, crean nuevas prácticas y artefactos culturales según sus necesidades”(2004, p. 189). Esto sucedió dentro de la población nativa de la isla. Decidieron, a partir de sus necesidades y deseos de participar en las decisiones políticas, conservar y renovar los oficios religiosos protestantes, retomar costumbres como el uso de la madera o la pesca artesanal, canciones y rondas como el palo de mayo y rondas infantiles, su idioma creole y la presencia de la música entre otras, para sentar un precedente y para hacerse visibles ante esa cultura que se gesta y se modela cada día con la existencia de otros grupos sociales dentro del mismo territorio.

Hemos elegido la tradición oral, el llamado del caracol, las viviendas en madera, la religión protestante, el proceso de resistencia y la presencia de un grupo raizal, liderado por raizales en este proceso de resistencia, como puntos de partida en la diferenciación e identificación de la población nativa, para que estos elementos permitan una visión mas amplia de la cosmogonía y la realidad del pueblo raizal.

### **Tradición oral**

Los raizales son una cultura oral y por lo tanto, la palabra juega un papel preponderante al ser el medio de transmisión de conocimientos, de ideas, de cuentos y de tradiciones de los viejos, de los ancianos sabios poseedores de historias a los más pequeños y los jóvenes. Es la forma como se aprende, se educa y se informa. Herencia directa de África, la tradición oral no contempla la escritura y originalmente se concibe desde el creole que es el idioma “oficial” de los nativos sanandresanos, es su lengua materna, es la que utilizan diariamente en su entorno, en su cotidianidad así como el inglés británico heredado y mantenido junto con las demás costumbres europeas. Ese criollo sanandresano se comparte con las demás islas del Caribe y forma por ende, un lazo de familiaridad y un hilo conductor de ideas y deseos similares que apuntan desde un origen común. La oralitura, ha sido el vehículo de difusión de los cuentos de Anansi, de las rondas como The London Bridge, de las canciones, de las recetas y de los saberes que con esmero los viejos transmiten a los jóvenes en pro del cuidado de su legado ancestral.

Con el proceso de “colombianización” iniciado en 1912, la educación en el archipiélago instauró el idioma español en los centros de enseñanza como método de unificación o estandarización del idioma regional dejando de lado el creole y el inglés. Era evidente, y aún lo es, el proceso educativo inadecuado, en donde la validación de la lengua nativa debía ser el punto de partida en la identidad, el reconocimiento y el sentido de pertenencia

en los niños raizales. Aunque desde el año de 1977 el Ministerio de Educación Nacional puso en marcha algunos procesos de formación de docentes con miras a implementar un programa de educación bilingüe Inglés-Español en las islas de San Andrés y Providencia, esto no se llevó a cabo en su totalidad. Los colegios continuaron con el uso del español en los planteles educativos llegando a prohibir el uso de la lengua materna incluso entre los mismos compañeros en horas de descanso. Para el gobierno era más sencillo impartir el conocimiento en el idioma foráneo que conseguir maestros bilingües que estuviesen dispuestos a trabajar en la isla.

Es así, como en los primeros años de los ochenta, bajo el gobierno intendencial de Simón, se propusieron programas de educación bilingüe pero esta vez dentro de un marco de diferenciación necesario entre la población infantil raizal y la población continental, lo que dio paso al reconocimiento y la importancia del creole en la formación en los siguientes proyectos educativos y por tanto, la necesidad de acudir a un sistema educativo que permitiera el uso de la lengua materna en el preescolar (Patiño, 1999.P. 17) para desarrollar la capacidad de socializar, expresar sus sentimientos, relacionarse con su medio ambiente, y desarrollar su sentido de identidad y pertenencia a un grupo cultural para en el futuro, poder participar en las decisiones y en los acuerdos de solidaridad y convivencia (Cuadernos del Caribe No.3, 1999, p. 99). Esta diferenciación en los procesos educativos permitía impartir la enseñanza, tanto para los niños y población joven raizal en creole e inglés británico, como para los niños y jóvenes pertenecientes a grupos sociales diferentes como residentes e isleños en español. Si bien era de suma importancia que se dominara también el otro idioma, debía respetarse la lengua materna sobretodo en los primeros años escolares.

Según algunas crónicas, el uso del creole era exclusivo de las clases bajas de la isla, mientras que el inglés de bases británicas era usado por las clases altas en espacios más cultos como en la prensa (Searchlight) en donde la gramática marcaba la diferencia,

(Cuadernos del Caribe No.3, p. 28) sin embargo fuera de los espacios educativos, la tradición oral es el elemento principal que transmite la música, los himnos religiosos, las historias, los bailes, rondas, trabalenguas, fábulas y cuentos, que aunque pueden considerarse propios de clases bajas, son de uso general dentro de la población nativa ya que hacen parte de su legado.

### **El llamado del caracol**

Declarados como los mejores marineros del Caribe, los raizales dominaban el único medio de transporte en épocas pasadas con el que podían llegar a las costas de Cartagena, Corn Island, Nicaragua, Jamaica e Islas Cayman. “Los papás y los abuelos eran los encargados de enseñar a los más jóvenes de la casa la tarea de la navegación. Esto incluía clases de orientación, del uso correcto de la brújula y del manejo de las embarcaciones, así como las tareas de pesca” (Mr. Rodolfo Gallardo. Entrevista Personal, Julio 15 de 2008). Mientras tanto, en las calles de la isla, los caballos iban y venían como medio de transporte primario y como parte de la diversión sana en las carreras de caballos en las playas, así como medio de transporte llevando y trayendo a sus habitantes, cargando el coco hacia los muelles, la mercancía de los muelles a las casas y protagonizando las carreras de caballos en la playa hasta la aparición en la isla de los autos y las motos.

Antes del puerto libre, la presencia de turistas era imposible. Los visitantes llegaban ya fuera porque tenían familia o conocidos y se hospedaban en sus respectivas casas, por lo tanto en la isla no existían construcciones hoteleras debido a que la demanda turística era nula. Las goletas transportaban jóvenes que estudiaban en Cartagena, comerciantes isleños y funcionarios oficiales, así como víveres, mercancía importada, correspondencia y dinero en efectivo. Estas goletas eran pequeñas embarcaciones, livianas, con velas y con motores las cuales cubrían los trayectos a la velocidad que el viento o la tecnología permitieran. El tonelaje de una goleta oscilaba entre treinta y doscientas toneladas. De

primera y segunda clase (la diferencia radicaba en tener motor), recorrían grandes distancias comandadas por isleños expertos. El arribo de las goletas a la isla rompía con el silencio y su anuncio y posterior llegada eran motivo de reunión de los isleños en la playa, luego del aviso de su avistamiento a kilómetros de distancia, desde puntos altos de la isla o desde los balcones de las casas.

En la isla, los nativos anunciaban la llegada del pescado fresco, la llegada de embarcaciones o la puesta de un bote nuevo en el agua con el llamado del caracol. Esta alerta muy familiar en la población raizal se iniciaba en las casas de la isla en donde se podía encontrar siempre un caracol muy grande utilizado como señal de alarma o aviso con la llegada de una embarcación o la llegada de pescadores. “¡Sail Ahoy! ¡Sail Ahoy! ¡Sail Ahoy! que no traduce, literalmente, “viene la vela”, es una exclamación de júbilo empleada en San Andrés al divisar un velero” (Robinson, 1959 Agosto, Magazine) y se acompañaba por el sonido del caracol en señal de alerta, emitido desde los balcones (que generalmente tenían uno en el segundo piso) que siempre miraban hacia el mar. Como las viviendas estaban construidas en su gran mayoría muy cerca a la costa era fácil divisar cualquier embarcación visitante. Este llamado también era utilizado para anunciar la construcción de una embarcación pesquera, ya fuera para colaborar con la construcción o para entrarla al mar, lo que se convertía en toda una ceremonia y una fiesta.

### **Las casas**

Madera, clavos, pintura, white lime (cal que se obtiene de la piedra marina) y muchas manos amigas y vecinas eran lo suficiente para construir una casa isleña. La madera que se utilizaba llegaba a la isla perfectamente inmunizada por encargo, transportada en las goletas que iban y venían por las islas cercanas haciendo transacciones comerciales. La construcción se podía hacer ya fuera en un terreno propio o en el de los vecinos con previo acuerdo, los cuales aceptaban con el mayor de los gustos. Las casas, generalmente

contaban con mas espacio alrededor, cultivos de plátano, yuca, ñame, mango, bread fruit (pan de fruta) y con una cisterna a la que una canal redirigía el agua a un tanque hecho en cemento para recoger agua lluvia, y posteriormente poderla usar en tiempos de sequia para las labores de la casa. Pintadas de blanco en su mayoría, y ubicadas a lo largo de la costa, las casas de la isla se erigían imponentes frente al mar con sus balcones en el segundo piso, con las puertas y ventanas siempre abiertas para facilitar el flujo del aire. Los techos eran cubiertos con shingle (tejas de madera) y pintados como las fachadas, de blanco, o de colores muy alegres y vivos.

La madera es un material que le proporciona un ambiente fresco a las casas mientras que el cemento produce el efecto contrario. Retiene el calor y no permite que las paredes realicen un intercambio de aire, lo que con la madera si se logra. Como su construcción se realizaba sobre pilotes, era posible trasladarla luego hacia otro terreno. Para esto, se rodaba sobre troncos de madera por las vías que ahora no resisten autos y motocicletas, contando con la ayuda de amigos, familiares y vecinos, hecho que también se convertía en toda una fiesta. Los pilotes dejaban un espacio entre el suelo y el piso de la casa, lo que permitía usarlo como depósito de materiales y herramienta o, en un futuro y según las necesidades de cada familia, permitía levantarla para construir en el primer piso un local comercial o la zona social de la casa. La construcción del entramado en madera permitía levantar una casa en pocos días con los detalles característicos de las casas en las demás islas del Caribe.

En la actualidad, las casas nativas se encuentran a lo largo de la isla siguiendo las vías principales de North End, La Loma, San Luis, la vía al Cove y algunas en la Avenida 20 de Julio. Aunque son muy pocas las que se mantienen en pie, se comienza a crear cada vez mas una conciencia de tradición entre los herederos y propietarios de estas viviendas tradicionales, lo que ha colaborado con su recuperación y ha despertado el interés de algunas organizaciones interesadas en esta labor. En la actualidad, se cuenta con un

inventario de las viviendas realizado por Clara Sánchez, incluido en su libro *La casa isleña: Patrimonio Cultural* (2004, p. 29), con la respectiva información familiar de cada construcción, que complementa el trabajo realizado en 1985 por los arquitectos Lorenzo Fonseca y Alberto Saldarriaga (1988). La vivienda isleña vista desde una perspectiva cultural permite comprender que el “hábitat se traduce tanto en la exterioridad de la casa como en la interioridad”, por lo tanto, es pertinente conocer algunas labores realizadas dentro y fuera de las viviendas.

Las mujeres arreglaban la casa y se encargaban de las labores del hogar y a la cría de las especies menores como gallinas y cerdos. Los hombres por su parte, se dedicaban a la pesca y a la agricultura, a la fabricación de embarcaciones con la ayuda de todos los vecinos. “Wednesday, wadding day era el día de los matrimonios en la isla y los vecinos y amigos no solo eran invitados a compartir el momento, sino que la invitación se hacía extensiva para los preparativos de la ceremonia y de la reunión en la casa de los novios” (Ms. Milán Hooker. Entrevista Personal. Febrero de 2008). Esta fecha de boda eran tan importantes como cualquier otra celebración y por lo tanto, el esmero por organizar minuciosamente la casa era máximo.

Hacia la orilla del mar, los almacenes con sus bodegas y sus muelles, esperaban la llegada de las goletas para desembarcar la mercancía proveniente de Barranquilla, Cartagena y algunas islas de las Antillas. Es importante resaltar la ubicación de las casas cerca a la costa, pero también cerca a las iglesias ya que era en estos lugares los núcleos de cohesión social y formación académica y espiritual. Todos estos elementos que se distinguen dentro de la arquitectura nativa, demuestran que “la arquitectura no solo funciona, también comunica; emite mensajes que expresan, más allá de sus formas y elementos estéticos”(Margulis, 1997, p. 58). A cerca de la arquitectura, Mario Margulis agrega que en la arquitectura se reflejan también los aspectos sociales e ideológicos, que para este caso, demuestra el deseo de continuar con una comunicación ancestral cargada de

simbología y significación. Además de tener plena conciencia del uso de los recursos que benefician su cotidianidad, como lo es la madera para mantener bajas temperaturas dentro de la casa, este tipo de arquitectura da cuenta de la necesidad de permanecer en un lugar privado, en donde, a pesar de no ser ajenos al cambio, hacen todo lo posible por mantener sus costumbres.

La construcción y la existencia de una vivienda isleña es un punto importante de observación de las costumbres nativas porque recoge las características más sensibles de este grupo social. La colaboración, la ayuda mutua, el sentido de pertenencia y la unión entre los nativos se retoma y se revive en todos los lugares de las casas dependiendo de la situación, como las reuniones sociales dentro de la casa, los juegos de los niños en el patio y en las áreas libres alrededor de la casa, las largas charlas entre familiares o vecinos en los balcones, o los momentos de preparar los platos típicos en las cocinas y el descanso eterno de los difuntos familiares quienes también ocupaban un lugar especial en los cementerios dentro del predio. Esta costumbre tiende a desaparecer con el tiempo, por la venta de terrenos y por la legislación que obliga a llevar los difuntos al cementerio dispuesto en la isla.

### **Las iglesias protestantes**

Aunque las misiones católicas hicieron presencia en la isla como parte de la política de “colombianización” impartida desde 1912, la religión protestante, ha sido la base de la organización social de los naturales y su estandarte continúa siendo la primera iglesia bautista fundada en 1845 en el sector de La Loma. Este lugar sagrado, acogía y acoge a la población en actividades coordinadas por la iglesia como la escuela para educar, actividades artísticas y recreativas, siempre encabezadas por los pastores, considerados como las personas más cultas que actuaban como guías espirituales y líderes sociales y políticos. Rememoraban los tiempos de esclavitud e inmediatamente posteriores, cuando

los pastores evangelizaban e instruían a los esclavos debajo del árbol de tamarindo que aún se mantiene erguido al lado de la iglesia recordando su origen y las duras condiciones de los esclavos africanos, pero también, recordando la importancia de la iglesia protestante en la conformación de la sociedad nativa.

Con la apertura del puerto libre, las demás religiones (católica, cristiana, evangélica) tomaron fuerza debilitando la educación y las costumbres religiosas protestantes. Desde la orden impartida para colombianizar la población raizal, los colegios formales debían recibir a los estudiantes para impartir conocimientos en español, dejando de lado la lengua materna (creole) y la religión protestante. Las reuniones de los sábados y domingos han sido de gran importancia en la actividad religiosa de los nativos y sus ritos no han sufrido grandes cambios. Los sábados, los jóvenes y los niños continúan estudiando la biblia, mientras que los domingos las familias se reúnen en un servicio que da prioridad a los cantos y alabanzas del coro, acompañado siempre por un órgano. Los trajes para ese día eran y siguen siendo especiales; las mujeres lucen pavas y trajes de un solo tono, los hombres en su mayoría con vestidos de algodón y los niños con pantalón y camisa trascienden en el tiempo, aprehendiendo las tradiciones especiales para los servicios religiosos.

Actualmente, la mayoría de los fieles siguen la tradición, sin embargo, durante el servicio, la música ha comenzado a incluir ritmos mas modernos con lo que se pretende atraer a los jóvenes que se han alejado por la aparición de otras iglesias entre ellas la católica, evangélicas o cristianas. Se integran mas iglesias, mas creencias, pero la religión protestante se mantiene como una de las piedras angulares de la cultura raizal. (Friedemann, 1989, p. 155).

### **Puerto Libre**

Después de 1953, cuando el General Rojas Pinilla declaró a San Andrés puerto libre, la población nativa se enfrentó a la discriminación en la actividad económica, social y

cultural. Los isleños se vieron avocados a vivir desde ese momento con el ruido de los aviones, con la llegada de muchos visitantes y con un nuevo ambiente que opacó la agricultura, la cría, la pesca y llenó las calles y las playas de agentes contaminantes. La isla se urbanizó rápidamente y por ello la tierra adquirió mayor valor comercial. Comerciantes continentales y extranjeros adquirieron tierras (que hasta ese momento eran propiedad de raizales) para el desarrollo de la actividad turística, específicamente para la construcción de hoteles y locales comerciales, ya que hasta ese momento la infraestructura de la isla no estaba acondicionada para recibir turistas ni para manejar, lo que después se denominó turismo por temporadas con un objetivo claro de compra de mercancías exentas de impuestos y disfrutar de sus playas. Los ancianos o mayores raizales recuerdan con nostalgia aquella época en la que la agricultura, la pesca y la porcicultura eran la base de la economía de su región, y estas actividades lograban reunir a su gente alrededor de canciones y rimas durante el tiempo de labores, así como en los espacios privados de sus hogares y vecindarios. Algunos afirman que la implantación de puerto libre mejoró la economía del archipiélago al incluirlo (supuestamente), en el proceso de globalización y a la velocidad del intercambio comercial que el mundo manejaba para aquel entonces, sin tener en cuenta que las islas ya hacían parte de un mercado más homogéneo, como lo era la relación mercantil con las demás islas del Caribe y las Antillas, mercados que se mantenían desde tiempo atrás por su conexión y raíces ancestrales.

### **Resistencia Raizal**

Las manifestaciones culturales nativas que se apocaban a raíz de los períodos de colonización y de proyectos nacionalistas o de “colombianización”, daban muestra, a partir de la década de los setenta, del deseo de mantenerse activos en la historia de la isla, por medio de programas de inserción dentro del nuevo sistema económico impuesto. La

música, la danza, las rondas y la arquitectura eran el vehículo de la resistencia que más tarde tomaría rumbo con los discursos y los espacios públicos para poder ser escuchada. Con respecto a este tema, James Scott afirma que “los espacios sociales relativamente autónomos no son solo un terreno neutral donde pueden crecer negaciones prácticas y discursivas. Como ámbito de poder que son por naturaleza, sirven tanto para disciplinar como para formular patrones de resistencia” (2004, p. 148) que en este caso impulsaron la idea de esa resistencia a raíz de una toma de conciencia, en contraposición a la indiferencia por el respeto y por la realidad pluricultural y pluriétnica del país, y la ausencia de una verdadera democracia en donde, no se considera la diferencia y la desigualdad sino por el contrario, prevaleciera la igualdad. Lo que surge de esos espacios privados u ocultos, es la viva expresión de lo que se desea y de lo que se pretende defender. Los códigos culturales escogidos para dicha resistencia, se camuflan dentro de rituales y costumbres de carácter público, emitiendo un mensaje codificado y dirigido a un grupo determinado, excluyendo a los demás. Scott lo aclara afirmando que “la resistencia política, en vez de ser directa, toma una forma de culto, permitiendo a los subordinados debilitar las normas culturales autorizadas” (2004, pp.190-191) que en la población sanandresana se traduce en el uso continuo del creole en la calle y aún en la participación política, en la continuación del aprendizaje de la música de sus raíces y de las canciones que comunican una protesta y descontento social.

La comunidad raizal no podía ser ajena al cambio y desarrollo económico al que el mundo se veía expuesto y por tanto, en esos lugares privados como las viviendas y los barrios o sectores en donde se identificaba la ubicación de la mayoría de los nativos, se crearon espacios en donde se desarrolló una “resistencia cultural pasiva, procurando preservar a nivel de estructura social, local y de organización doméstica, es decir, a nivel de “in- group”, los valores culturales fundamentales que dan identidad al grupo y que contribuyen a mantener la solidaridad social, pero sin cuestionar activamente los principios de la política integracionista y asimilacionista” (Stavenhagen, 1997, p. 35)

implantada desde 1912 y cuyo curso se mantuvo en la década de los ochenta. Con relación a este tema, Mr Walwin Petersen afirmó, que “el proceso de integración continúa, pero no debemos abandonar aquellos rasgos que nos identifican y nos distinguen” (Petersen, 1989, p. 114), es decir, como historiador y habitante nativo de la isla, es consciente, al igual que muchos raizales, que la integración con otros grupos culturales es inevitable en la medida en que las comunicaciones, las transacciones comerciales y los movimientos migratorios promueven las relaciones sociales, pero hace énfasis en la importancia de mantenerse como grupo social nativo, alrededor de sus costumbres, tradiciones y rasgos identitarios. La urgencia por salvaguardar sus tradiciones los llevó a organizarse en grupos dentro de su marco social nativo, priorizando en las actividades culturales como la música y el arte. Uno de estos actores, es Jimmy Archbold reconocido en la isla por su trabajo como músico, como integrante del grupo The Rebels y como maestro de jóvenes y niños dispuestos a seguir cultivando su música tradicional. Jimmy les enseña el uso de instrumentos como la mandolina, la guitarra, el tináfono, las maracas, la quijada de caballo y percusión dentro de compases de quadril, mentó, soca, polka y jumping polka. “Defiende la idea que el mejor medio para difundir la música debe ser de una forma más real, que se sienta el feeling luchando en contra de la música comercial grabada en un estudio y apoyando la música tradicional y sus grupos como el grupo Creole, creado por Orston Christopher, nativo raizal, pintor, escritor y músico en la década de los ochenta” (Jimmy Archbold, Entrevista Sub 30, 2006) existían otras agrupaciones como Bahía Sonora, y en entrevista realizada a uno de sus integrantes, Félix Mitchell en septiembre de 2007, afirmó que cantan en creole, inglés y español para llegar a todos los públicos pero les es más sencillo cantar en creole porque primero piensan en este idioma y luego traducen, aunque en algunas ocasiones la traducción no signifique lo mismo de la idea original. Se repite aquí, el caso de la exclusión en el discurso público dirigido a un grupo específico. Se resisten a sepultar la música autóctona de su región y perciben la represión como un punto positivo al integrar la percusión, prohibida y desaparecida desde la esclavitud, a sus composiciones musicales. Otro caso tangible de

resistencia se observa en el cambio, o en la adopción de una canción que hace las veces de himno del archipiélago en contraposición al himno oficial. Esta bella canción compuesta por una mujer nativa, refleja el amor y el respeto que sienten por su territorio, por su naturaleza y por sus costumbres resaltando que se compuso para ser cantada en inglés.

### ***BEAUTIFUL SAN ANDRÉS***

*In the Caribbean the very best*

*Is the beautiful island of San Andrés*

*Oh Johnny Cay and Sound Bay Beach*

*The pretty sands are a golden beach*

*Coro:*

*Take me back to my San Andrés*

*To the waves and the coral reefs*

*Back to be where the sunshine bright*

*Where the sea changes colors day and night*

*San Andrés is like a paradise*

*With the coconut trees and the fireflies*

*Underneath the bright blue sky*

*The lovely people go passing by*

*Coro:*

*Take me back to my San Andrés*

*To the waves and the coral reefs*

*Back to be where the sunshine bright  
Where the sea changes colors day and night*

*The tall brown girls, the strapping boys  
The rolling waves and the moon light bright*

*And anywhere in the world you be*

*San Andrés will be in our memories<sup>2</sup>*

Dichos rasgos se mantuvieron en espacios privados que a su vez fueron un lugar propicio en donde se generaron discursos ocultos, “los cuales existen en la medida en que son practicados, articulados, manifestados y discriminados dentro de los espacios sociales marginales siendo estos una conquista de la resistencia” (Scott. 2004. P. 149). Scott trabaja el discurso oculto como la alternativa viable de la resistencia en la medida en que organiza las ideas, los deseos y las necesidades de una manera privada, para luego oponerse o presentarse ante un discurso público del grupo dominante.

### **S.O.S. (Son of the Soil) (Security, Oportunity; Self determination)**

La vida agropecuaria siempre ha estado presente en la isla. Cuando se otorgó la libertad en 1853, las extensiones de tierra dedicadas a grandes plantaciones fueron parceladas y repartidas entre los esclavos, quienes en su mayoría pagaron por ellas con trabajo e iniciaron sus cultivos de pancoger, organizando su terreno para las actividades cotidianas que debían adquirir en una nueva realidad social y económica, en donde la propiedad estaba relacionada con su sentido de pertenencia al territorio insular. Esta herencia territorial comenzó a disminuir en el momento en que las tierras fueron adquiridas por

---

<sup>2</sup> Canción en ritmo Calypso compuesto por María Cecilia Francis Hall en 1972.

continentales y extranjeros a bajos precios, reduciendo los espacios físicos de asentamientos nativos en la isla. Y es que la población raizal sanandresana ha tenido siempre el vínculo directo con la tierra, con la propiedad, y de allí parten los elementos identitarios puesto que los nativos se sienten parte de esas tierras al nacer allí, haciendo parte de ese paisaje, corroborando con esto su identidad y teniendo plena conciencia de lo perdido y lo recuperado, deben aferrarse a esos elementos que guardan y evocan su ancestralidad.

Las sociedades o grupos sociales aislados son utópicos en la medida en que es imposible frenar o evitar la interacción con otros grupos y la difusión cultural. Para el siglo XX en el archipiélago, los visitantes esporádicos influían de alguna manera en la cultura establecida. Aunque se declararon colombianos por voluntad propia, hasta 1912 el gobierno central hizo presencia real en la isla y ya desde la idea de creación de la intendencia, se podía observar una organización raizal alrededor de la participación política encabezada por un dirigente nativo “Francis Newball” que preocupado por los intereses de sus coterráneos, creó un periódico (Searchlight) en donde comenzó a formar la idea y la posibilidad de un movimiento raizal dispuesto a elegir sus propios gobernantes, y a promover cambios políticos para que operaran favorablemente en lo social y en lo económico (Eastman, 1988, p. 59).

Para la década de los ochenta, esta idea naciente en 1912, le imprimió fuerza y continuidad al surgimiento de un movimiento social: “S.O.S. (Security, Opportunity, Self Determination) [el cual] estaba integrado por matemáticos, profesores, abogados y otros profesionales nativos” (Mss. Feliza Diaz, Entrevista personal, Diciembre 12 de 2008), quienes elevaban cartas abiertas con peticiones puntuales que se centraban en las denuncias del grave daño ocasionado por el largo proceso de colombianización. “Para este movimiento, los puntos urgentes en los cuales el gobierno intencional debía priorizar sus acciones eran la educación bilingüe, el control migratorio y de crecimiento poblacional, el

ordenamiento territorial que impidiera la comercialización de las tierras propiedad de los nativos y organizara un sector de crecimiento urbano, hotelero y comercial sin maltratar aún mas las tradiciones y la cultura raizal”<sup>3</sup>.

La toma de conciencia y el deseo reprimido por reclamar sus derechos llevó a los líderes raizales a elevar su discurso que hasta en cierto momento se podía considerar oculto, a un espacio público que involucró el ámbito político. Para los ochenta, el discurso oral y la resistencia clandestina se materializaron en acciones y en organizaciones dentro de su sociedad en aras de reclamar su posición dentro de la isla y su participación en la toma de decisiones. Entonces, retomamos en este punto a Scott para confirmar que “el momento en que la disensión del discurso oculta cruza el umbral hacia la resistencia explícita siempre constituye una ocasión de enorme carga política” (2004, p. 245).se cruzó el umbral hacia la *resistencia explícita* como escenario; con una gran carga política que se modeló dentro de sus espacios privados que hicieron posible la materialización de dicha participación pública. Tal y como lo señala James Scott, la infrapolítica es “una gran variedad de formas de resistencia muy discretas que recurren a formas indirectas de expresión” (2004, p. 44) y que para el caso de los nativos sanandresanos esta infrapolítica se comenzó a gestar desde el periodo esclavista y se reforzó al paso de los años, incluso tras la llegada del puerto libre a la isla.

Las actividades cotidianas, sociales y culturales de herencia ancestral permitieron alimentar ese espacio de resistencia cultural, que, en tanto cultura minoritaria, encontró una oportunidad de reivindicación dentro del proceso de desarrollo y cambio del archipiélago.

---

<sup>3</sup> En varias ocasiones la comunicación entre los líderes raizales y la intendencia se concentró en la correspondencia. Carta abierta al Doctor Simón González, intendente de San Andrés y Providencia, leída en la manifestación pública para protestar la inmigración, frente al Coral Palace en el sector de North End, el 10 de Abril de 1987. Centro de Documentación Banco de la República. Sede San Andrés.

La cotidianidad del pueblo raizal, aunque no ha sido ajena a cambios e influencias externas, ha procurado mantenerse y resistir ante los nuevos factores que operan dentro de su sociedad mixta. Tanto la oralidad como los archivos fotográficos familiares de los ancianos y adultos isleños y residentes, permiten rememorar la tranquilidad en el diario acontecer de los nativos antes de convertir la isla en puerto libre y dan cuenta de los cambios ocurridos. Para inicios de la década de los ochenta la isla superpoblada, entró en una nueva etapa de su historia y a los corsarios, las goletas, el coco, los caballos y las palmeras se sumaron hoteles, aviones, comerciantes, automóviles, turistas y un nuevo intendente que lo llamaban loco y brujo. Simón González Restrepo, entraría a hacer parte de la historia de los sanandresanos y, aunque no se haya tenido en cuenta hasta el momento, su paso por la isla y su historia, merecen ser contadas.

### Capítulo III

#### Obras son amores

“Así se obra cuando se ama la tierra que se sirve, convirtiendo sueños en realidad”<sup>4</sup>

Referirse a Simón González implica no poder desprenderse de un matiz de poesía, de locura, de brujería, de ritmo e imaginación que impregnan sus ideas, sus obras y su legado en la memoria de la gente de la isla y de unos cuantos continentales. Hijo menor de Fernando González y Margarita Restrepo, nieto del presidente Carlos E. Restrepo, hermano de Álvaro, Ramiro, Fernando y Pilar, nació en Medellín el 24 de octubre de 1931. Terminó sus estudios secundarios con los jesuitas. Dominaba tres idiomas: francés, inglés e italiano. Estudió ingeniería mecánica en Netz Francia, ingeniería industrial en la Universidad de Purdue y economía en la Universidad de Columbia. Antes de ser intendente asignado durante dos periodos presidenciales seguidos, (seis años exactamente: con Belisario Betancur 1982-1986 y Virgilio Barco 1986-1988) se desempeñó en la empresa privada como gerente de láminas del Caribe en Barranquilla y director de Incolda en Bogotá durante 15 años. Después, en 1991, asumió la gobernación de San Andrés durante un año, siendo el primer gobernador elegido por voto popular, pero además, llegó a la candidatura por petición expresa de los mismos habitantes, logrando la gobernación sin invertir dinero a la campaña, sin maquinaria y sin partido político, sólo con la experiencia de la intendencia y sus resultados en donde impuso otro estilo de gobernar y administrar

Con fama de brujo por haber organizado el I Congreso Mundial de Brujería en Bogotá en el año de 1975 (Díaz, 1982 Septiembre, p. 14<sup>a</sup>), contagió de sueños, fantasías y diosas a la

---

<sup>4</sup> Estas palabras del intendente Simón, fueron plasmadas en una placa conmemorativa sobre la entrada principal del aeropuerto Gustavo Rojas Pinilla Palabras con motivo de la reinauguración luego de las mejoras durante su mandato.

población del archipiélago acudiendo a su experiencia y preparación como administrador y al conocimiento de la problemática de la isla. Fortaleció la economía, inició obras y apoyó a los grupos sociales más representativos de la comunidad raizal como son los pescadores y los campesinos. En sus discursos y entrevistas estaban siempre presentes Hersulis y Yemayá, las diosas de la mar (Nuñez, 1994, p. 167)<sup>5</sup>, en femenino, el amor y el respeto por la naturaleza enfatizando en la “acción de cambio”, influido por su estrecha relación de amistad con Gonzalo Arango, el nadaísmo y por supuesto por su padre Fernando González, poeta y escritor.

Como cualquier ser humano, recibía aplausos, frases de aliento, agradecimientos y críticas. Con guayabera, pantalón de dril, sombrero de algodón y mochila wayuu, su imagen no era bien recibida por algunos e indiferente para otros. Lo importante era la gestión, el respaldo y los beneficios que lograra del gobierno central para la isla y esto se conseguía (según algunos habitantes) por su cercana amistad con el presidente Betancur y por el amor declarado por la isla para la que no ahorra elogios declarándola como la novia que todos debían cuidar. Ferviente admirador de la naturaleza y su entorno, eterno enamorado del archipiélago y de su tranquilidad, a pesar de los problemas sociales no dejaba de afirmar que los sueños se pueden hacer realidad, que “sin amor todos somos asesinos”<sup>6</sup> y que gobernar para él, era prestar un servicio, en este caso, a los isleños. Acerca de esto afirmaba en una entrevista, que “gobernar no es ser doctor, no es ser importante. No es usar Mercedes Benz. No es usar corbata. Gobernar es ser amante. Eso no es poesía, es ser prácticos”.(Giraldo, octubre 2003) Fue un intendente no de oficina sino que por el contrario recorría la isla y hacía presencia en aquellos lugares en donde las obras se llevaban a cabo y donde los dineros de la intendencia se estaban invirtiendo.

---

<sup>5</sup>“Yemayá es la madre universal [...] lo es del agua salada, de donde hizo brotar la vida de hombres y mujeres. Su relación con el mar la convirtió en la patrona de la Bahía de La Habana”.

<sup>6</sup>Así tituló su libro de poesía Simón González Restrepo el cual escribió mientras vivió en la isla de Providencia.

Un paseo por la isla permite recordar algunas tareas culminadas durante la intendencia. Construcciones como El Sunrise Park que ha sido el único parque recreacional que ha existido en la isla, la barracuda de las lágrimas azules, iglesias construidas y otras recuperadas, algunas construcciones (Hospital Timothy Britton, The Pink Coliseum, la planta desalinizadora de agua, pavimentación de vías, ampliación del muelle intencional, la torre de control del aeropuerto, la sede de los juzgados, la registraduría del estado civil), obras de embellecimiento (remodelación, iluminación y reparación de colegios, estadios, coliseos), (Puerta, 1986, pp. 6-8), y otras desaparecidas que se convirtieron en fantasmas, pero que se recuerdan por la eficacia en sus tareas o por la rápida inutilidad como la planta de reciclaje de basuras y las casas de madera, que luchan contra el paso del tiempo y se mantienen de pie en espera de una pronta recuperación.

Cuando Simón González recibió el cargo de intendente durante el gobierno de Belisario Betancur en 1982, la isla atravesaba por graves problemas tales como cartería, aseo, infraestructura, falta de servicios públicos, superpoblación y olvido hacia la población raizal por parte del gobierno central y de los colombianos en general. Todos los esfuerzos debían encaminarse entonces hacia la solución de problemas como calles repletas de basura, inundadas, contaminación del mar, racionamientos prolongados del servicio de luz, restricción en el servicio de agua y un crecimiento desordenado en las nuevas construcciones que incluían materiales no convencionales para la isla, así como ausencia de espacios culturales aprovechables para los habitantes y turistas, cinturones de miseria, consecuencia esto de la llegada de continentales y extranjeros, debido a que los primeros, llegaron para ejercer labores de construcción y se quedaron esperando nuevas oportunidades de trabajo, mientras que los segundos, se establecieron en el comercio.

Haciendo un balance tras la renuncia a su cargo después del segundo periodo intendencial, es decir, en 1986, González comentó que para 1982, cuando inició el cargo de intendente, “el presupuesto era de setecientos millones. No había una sola obra de gobierno en funcionamiento. En los bancos había quince millones de pesos”(Guerrero, 1984 marzo, pp.7-9) lo que implicaba en primer lugar, recurrir a la nación y a la empresa privada para conseguir los medios económicos necesarios para invertirlos en la solución de las necesidades prioritarias. Simón González era consciente de que aquella problemática no era nueva en la isla y pensaba que “San Andrés, en sus treinta años de puerto libre, no había hecho sino acumular problemas y carencias. Multiplicar su población por diez en tres decenios le significó a la isla el desbordamiento total de su infraestructura de servicios y la puesta en peligro de su riqueza ecológica”(Guerrero, marzo 1984, pp.7-9). Esta era a grandes rasgos la panorámica de la realidad de la isla comenzando los ochenta y a la que Simón debía administrar y organizar.

Teniendo presente la idea del turismo como tercera dimensión del desarrollo,(Meza, 1984, pp. 32-34) no se detuvo en la polémica de lo positivo o lo negativo del puerto libre y del comercio o en gestiones de periodos intendentales anteriores, sino que por el contrario se concentró en la adecuación de vías, de playas, servicios públicos, espacios hoteleros y servicios turísticos, “obras que pudo llevar a cabo casi en sus seis años de intendente gracias a los impuestos que generaban las importaciones” (Zogby, 1992, enero 9, p. 16<sup>a</sup>). En entrevista otorgada al periódico El Tiempo, “el mismo González aseguró, que realizó 100 obras durante los seis años de su periodo como intendente las cuales representaron inversiones por dos mil millones de pesos y que luego fueron abandonadas. Eso fue, según afirmó, lo que lo convirtió en el primer gobernador electo popularmente del Caribe colombiano. No obstante, siendo muy criticado cuando fue intendente por no ser nativo de la región”(El Tiempo, 1992), un punto a su favor radicaba en haber sido un habitante

de la isla veinticinco años antes de ser nombrado intendente, lo que le permitía conocer las necesidades reales y prioritarias del archipiélago.

Aún siendo el único mandatario de la isla en tres periodos sin ser raizal, podía salir caminando por las calles de la isla, y recibir palabras cálidas de los habitantes por la gestión realizada. En este punto, es primordial tener en cuenta el origen de Simón González, ya que no pudo desprenderse de sus conocimientos profesionales y su formación personal dentro del campo artístico y sensible heredado por su padre, lo cual lo conducía a mantener un equilibrio entre progreso y tradición, dando valor y prioridad a la cultura.

Se rodeó de profesionales jóvenes nacidos en la isla para que gestionaran desde las secretarías, dando una base sólida a la administración pública y desde allí, entre otras prioridades, “presentar el primer plan de ordenamiento urbano de San Andrés y Providencia y Santa Catalina, único en la historia del Archipiélago”(Meza, 1984, p.33) que se necesitaba con urgencia para de alguna manera “organizar y proyectar” el crecimiento desordenado que la isla presentaba desde 1953.

Al iniciar el despegue del progreso, propuso a la presidencia de Belisario Betancur capacitar a la población nativa en el agro y la pesca suministrando maquinaria, organizando los títulos de las tierras por parte del Incora, readecuar el muelle de la zona del Cove ,para estimular la llegada de embarcaciones extranjeras de mayor calado, dragar el muelle intencional, y mantener una comunicación directa con la División de Navegación y Puertos del Ministerio de Obras Públicas y Transporte, definir y aplicar las normas urbanísticas, dotar el hospital con los instrumentos necesarios para su buen

funcionamiento, controlar la entrada y la salida del personal que llegue a laborar en la isla de manera transitoria para que al finalizar fuera devuelto a su lugar de origen, fomentar centros recreativos, promocionar los valores culturales creando museos de arte, entre otros.

Es claro que el manejo de una isla no puede ser igual al de cualquier otro lugar del continente por las características geográficas y todo lo que se desprende de ello. El hecho de vivir en una isla, implicaba organizar las basuras y los desechos que iban a parar al sitio inmediato que permitía a los habitantes desaparecerlos de tierra firme: el mar. Las consecuencias de esto, se reflejaban en la contaminación de lo que hace poco, se nombrara como reserva de biosfera, alteración del ecosistema y enfermedades tanto para los isleños como para los visitantes que sin saberlo, disfrutaban del mar en medio de treinta toneladas de desechos diarios caseros y hoteleros en su mayoría. Para mermar un poco la crisis sanitaria, la planta procesadora de basuras, que por una parte como su nombre lo indica procesaba la basura separándola en desechos no biodegradables y biodegradables, fue presentada como el plan piloto y como alternativa que podía ser reproducida en otras ciudades del país por sus beneficios. Por otro lado, o mejor, como primera parte del proyecto de limpieza, los recogedores de basura o “escobitas” fueron primordiales. El intendente González logró engranarlos perfectamente en este proceso haciendo que tanto los usuarios como los trabajadores realizaran con gusto la tarea de organizar los desperdicios. El carro de la basura dejaba a cada usuario una boleta para una rifa de electrodomésticos, siempre y cuando los usuarios entregaran bolsas con basura y el sorteo de electrodomésticos se realizaba cada tres meses. Esta actividad se financiaba con las ganancias que producía la planta de reciclaje, ya que con la venta de desperdicios obtenían ingresos por dos millones de pesos. Todos ganaban. Los usuarios, los trabajadores, la intendencia como ente administrativo y por supuesto, el beneficio mayor era para el bienestar del ecosistema insular. Ese mismo proyecto, colaboraba con la

actividad agrícola con la que se habían identificado por mucho tiempo los nativos y que por la nueva actividad turística que se implantó junto con el puerto libre se vieron obligados a abandonarla. Los desechos orgánicos de la planta después de nueve meses se usaban como abono y fertilizante en los terrenos de siembra.

Antes de la promulgación del puerto libre, los alimentos no llegaban con tanta facilidad a la isla. Unos pocos eran transportados en goletas desde Cartagena o islas vecinas, y luego, con la construcción del aeropuerto, se podían encontrar en el mercado algunos productos provenientes del interior del país. Los alimentos era producidos en la isla, cultivados allí o en Providencia. Para comienzos de los ochenta este fenómeno de la importación de alimentos no era tan crítico como en la actualidad, sin embargo lo correcto era que la isla misma generara espacios de autoabastecimiento agrícola, y se podía lograr esto incentivando la producción en granjas y en los terrenos que aun estaban disponibles para el agro. Teniendo en cuenta estos antecedentes y las consecuencias que se presentaban con la importación de alimentos, sobretodo en el alza de los precios de los productos importados, se creó durante la intendencia de González, un proyecto llamado The Countryman House. “Este fue un proyecto dirigido por el pastor Williams, de la Iglesia Bautista de San Luis y personal del sector agrícola, el cual apuntaba mejorar los cultivos tradicionales como pimentón, banano, mango, tomate, melón y otros contando además con crías de cerdos y pollos”(Lozano, 1986). Esta inversión por cuarenta millones de pesos incluyó asesoría técnica, porquerizas, galpones, semillas, fertilizantes de la mano con la creación del Fondo de Desarrollo Agrícola de San Andrés y Providencia FODASAP, creado para estimular nuevamente las tareas de los nativos en la tierra.(Intendencia Especial, 1982-1986) Igual prioridad se le dio al área pesquera, destinándose los recursos necesarios para fortalecer las cooperativas de pescadores, dando continuación a las labores de pesca artesanal, siendo además esta actividad la mejor forma de ejercer el dominio sobre las aguas nacionales (El Tiempo, 1983 Julio, p. 13B).

Atendiendo al llamado de los pescadores, el Gobierno Intendencial construyó el Fisher's man place que contaba con oficinas administrativas, cuartos fríos, taller y kiosco restaurante, un almacén agrícola y mercados móviles del Idema. Las tareas de pesca se reforzaron con un programa especial de capacitación en técnicas y artes de pesca a bordo de su buque científico "EL APRENDIZ"(Intendencia Especial, 1982-1986).

Como ferviente admirador de la arquitectura isleña, consiguió que el trabajo con la empresa privada también diera frutos que beneficiara a los habitantes nativos. Es el caso de la aerolínea SAM y la fábrica de pinturas PINTUCO, que junto con otras empresas y la intendencia misma crearon el concurso de la casa más bella de la isla, se restauraron alrededor de 300 casas nativas. Con el Concurso de la casa mas bella de la isla impulsado en 1984, y que se repitiera en 1998, la arquitectura sería rescatada y la isla se mostraría a través del color, la alegría y el optimismo de sus gentes, tal y como la quería mostrar el Intendente González contando con la participación de Alejandro Obregón en el jurado calificador (El Tiempo, 1998 Abril). En el programa de recuperación de la vivienda isleña tradicional, se donaron materiales a las personas de escasos recursos económicos, así como la creación del Fondo Intendencial de Préstamo para la vivienda isleña "FIPVI". Por otro lado, y motivando el uso de la madera en la arquitectura, se construyó el edificio del Centro de Capacitación del Caribe "SENA" para la educación técnica de sus habitantes, el palacio intendencial Coral Palace y se utilizó la madera en menor cantidad en el puesto de bomberos.

"Simón inculcó a los nativos amor por la arquitectura tradicional, esa bella arquitectura de madera que tanta armonía guarda con el paisaje de palmeras y mar de siete colores. Le enseñó a los dueños de las islas, que son los nativos, las ventajas de la limpieza, y de allí su esmero por luchar para que los turistas respeten los lugares que les dan recreación y alegría"(Giraldo, 1986 Agosto). Dentro de las actividades culturales que permitieron

espacios públicos para compartir elementos propios de la cultura raizal, se encontraba el Sunrise Park con un espacio para los cuentos (kiosko cultural), con piscina semiolímpica, juegos infantiles, toboganes y áreas recreativas y educativas, en donde los niños y jóvenes se divertían en tiempo libre con las atracciones, pero a su vez alimentaban las tradiciones de los cuentos y la corporalidad propia de los raizales en horarios en los que se contaban antiguas historias de la isla y del Caribe, y reunían a visitantes y residentes en su mayoría niños. Lo mismo ocurría en la casa de la cultura, que mostraba danzas y rondas en espectáculos culturales. En el primer cuatrenio de su gobierno intendencial, la protección y conservación del patrimonio cultural de las islas, sin duda fue una de las tareas más importantes para su administración. En 1985, entregaron a la comunidad el centro cultural de La Loma y el centro cultural de San Luis. Actualmente, las casas de la cultura (que son varias en la isla) procuran mantener esta tradición desarrollando un programa cultural variado los jueves. La casa de la cultura del centro “es un espacio que la comunidad identifica como el principal ente oficial de la cultura isleña [...] es el receptáculo de propuestas y acoge personas de diferentes sectores de la población que ven en ella una oportunidad de realizar sus proyectos en lo que respecta a la cultura y el arte” (Albadán, 2006, p, 17).

Para Simón González era de suma importancia el aspecto cultural de la población nativa de la isla, y por esta razón, el campo cultural y artístico no quedó relegado dentro de los proyectos gubernamentales. Era consciente del proceso de integración a la que se enfrentaba la sociedad isleña, y por lo tanto, aquellas actividades en las que se mezclaran la imaginación, la tradición y lo moderno, tenían prelación a la hora de gobernar: “Simón, Simón, queremos conocer un circo, por qué no trae uno a la isla, le dijeron los niños a Simón. Para responder la solicitud, Simón González consiguió una carpa, grande y azul como el mar, y se las entregó. Hagan uno ustedes mismos, les dijo. Y aunque sólo habían visto circos en la televisión, se lanzaron a hacer el suyo” (El Tiempo, 1994 Octubre).

Actividades de carácter público, contaban siempre con la presencia de personajes raizales como ocurrió en la inauguración de la planta de reciclaje de basura, en la cual organizó una ceremonia especial en donde un obrero, que alguna vez había ganado un campeonato nacional de boxeo, entregaría la obra a la comunidad, esto lo recordó Simón en una de las tantas entrevistas que dio a la prensa nacional: “Yo me acuerdo que el obrero habló dos minutos en su idioma nativo [...]. El presidente se emocionó mucho.”(Salazar, 1985 julio, p. 9<sup>a</sup>)

Con el ánimo de incentivar las artes escénicas y de incluir las expresiones culturales dentro del contexto de desarrollo de la década de los ochenta, Simón invitó a un grupo de profesionales de la dramaturgia y las artes escénicas, entre ellos Juan Carlos Moyano y Patricia Archbold (quien coordinaba el proyecto del circo) “a realizar una experiencia de formación y forja en las artes escénicas, desde el Green Moon Circus, en San Andrés. Buena parte de las inquietudes teatrales del archipiélago germinaron en esa experiencia, que llevamos a cabo con niños y jóvenes. Hicimos un espectáculo con dos temas de la memoria del archipiélago: Historias de Ultramar, acerca de piratas, desde el punto de vista de la memoria colectiva, bastante favorable a la piratería. La otra cuestión fueron los cuentos de Anancy, una araña raizal afrocaribeña, procedente de Ghana y del África Occidental. Una fábula, un símbolo de resistencia de los esclavos que se negaron a perder contacto con su ancestralidad. [Eran] historias especiales, reveladoras, sencillas, casi extintas porque los viejos están desapareciendo (Juan Carlos Moyano, Entrevista personal, Mayo 12 de 2009).

Las manifestaciones culturales particulares relacionadas con la música, el color, el baile, el mar y la espiritualidad las cuales tienen que ver con la cosmogonía y las prácticas religiosas que se han vivido en el continente africano, perviven en los grupos

descendientes de esclavos arrancados de África y establecidos por la fuerza en este caso, en el Archipiélago. Para todos los grupos africanos llegados al continente americano por Cartagena y la zona del Caribe desde Jamaica, ocurrió la misma fusión de conocimientos africanos (Friedemann., 1993, p, 54), los esclavos fueron mezclados en los barcos y su procedencia africana no tuvo importancia a la hora de comercializarlos en su destino final. Esto junto con la influencia de otras culturas, para este caso la inglesa, provocó una imbricación de elementos, en donde algunos de ellos permanecieron y otros por el contrario fueron eliminados o modificados. El tambor, elemento característico del continente africano “fue erradicado casi por completo de las plantaciones inglesas, por su evocación a espíritus terribles” (Perea, 1989, p.2). Los instrumentos ingleses como la guitarra, la mandolina y el violín se incluyeron dentro del repertorio musical de los isleños para interpretar las melodías europeas con el sabor y el ritmo africano.

Precisamente eran esos bailes junto con esos instrumentos; los protagonistas de las presentaciones del Green Moon Festival. Este festival nació impulsado tras el deseo de inmortalizar y preservar la música tradicional sanandresana en los primeros años de la década de los ochenta, mientras nuevas corrientes melódicas entraban a la isla junto con los inmigrantes nacionales. Impulsado por primera vez dentro de la intendencia de Simón, no hubiera sido posible sin la ayuda de grupos musicales como The Rebels, o sin la ayuda y el compromiso de gestores culturales como Mr Kent Francis James o Samuel Robinson entre otros. El festival daba inicio a tres días de muestras culturales con un desfile de las bandas de guerra, acompañados de comparsas llenas de color, trajes típicos y coreografías que se acompañan en cada sección del desfile. Para el festival, la participación de grupos musicales antillanos y grupos nacionales daban muestra de las estrechas relaciones entre el Archipiélago y las Antillas. Sus ritmos de socca, mentó, calypso, reggae y otros de carácter continental como el vallenato, permitían expresar sus ideas ante una sociedad

enmarcada dentro de parámetros de una cultura oficial, emanada desde un territorio lejano y totalmente diferente al territorio insular.

Aunque la influencia del reggae antillano y la presencia de Bob Marley dentro del contexto musical de la isla se proyectó como el estandarte cultural que identificaba esta región insular, grupos isleños (The Rebels el grupo representativo), nacieron en los ochenta para apropiarse de esos ritmos foráneos como el reggae y el mentó y entregarlos a sus cohabitantes, no como lo nuevo o como aquello que reemplazaría una tradición milenaria, sino que por el contrario, como un elemento más que enriquecería lo ya existente. El ritmo que representa algo de la esencia dentro de la cultura nativa fue y ha sido el calypso, que todavía conserva los elementos de carácter noticioso, comentando los últimos acontecimientos el cual tiene su base “en los antiguos trovadores o cantadores ambulantes africanos, a quienes se les [encomendaba] la labor de transmitir las noticias y eventos, los sucesos históricos y épicos”. (Perea, 1989, p.2) Con la llegada del festival a la agenda cultural de los años ochenta, aquella comunidad nativa minimizada encontraba un espacio para expresarse frente a esa cultura impuesta demostrando que las características de su expresión cultural se mantenían así como la conexión con aquellos grupos con los que comparten patrones culturales similares (Nanda, 1980, p. 124) teniendo en cuenta aquí, que los nuevos géneros musicales tenían también un espacio para su expresión como el vallenato, que aunque se originaba en el continente colombiano, mantenía raíces ancestrales similares a las de otras melodías afrocaribeñas como el vallenato, la champeta o los cantos de Totó la Momposina entre otros.

Al terminar voluntariamente su mandato intendencial, Simón González dejó en los bancos mil quinientos millones, obras terminadas y una isla mas limpia con acueducto en algunos sectores de la isla, pero sobre todo dejó las huellas de una gestión realizada sin intereses partidistas o beneficios económicos para unos pocos. Sin partidos pero con oposición, gobernó la intendencia en medio de aciertos y errores como cualquier ser humano. En la

isla, el contexto multicultural, conformado por grupos étnicos generó roces y diferencias que se trasladan a todos los ámbitos sociales, tanto, que la intolerancia y la superstición se pueden encontrar a la hora de distinguir entre el trabajo y desempeño intencional de Simón con su personalidad y la carga cultural que lo acompañaba. Al finalizar la intendencia de González bajo el gobierno de Virgilio Barco, la intendente entrante, María Teresa Uribe, retiró el jardín de la barracuda del Coral Palace para exorcizar la presencia de Simón en el lugar símbolo de la administración del archipiélago, cambiándolo por una biblia, desplazando la barracuda del espacio público. A esto, algunos habitantes y artistas de la isla sentaron su voz de protesta al afirmar que la barracuda era ya parte de su historia.

En su testamento, Simón plasmó su última voluntad de la mano con las tradiciones más ancestrales de la isla con jóvenes pregoneros a caballo que anunciaran su deceso tal y como se realizaba desde la época de la esclavitud. Las cenizas, serían llevadas a las seis de la tarde desde Lovers Lane (puente de los enamorados de Providencia diseñado y construido por Mr. Alfredo Howard durante la intendencia de Simón) en su yate Sea Rider, acompañado de lanchas con músicos y bailarines. La cajita que resguardaba sus cenizas era un trabajo a mano con mucho mar, playas, pescadores y su barracuda de lágrimas azules (Giraldo, 2003 Octubre). En una barca pequeña, se depositarían las cenizas a la altura de cayo cangrejo para que desaparecieran en el fuego, junto con su sombrero blanco de algodón mientras los acompañantes cantarían a las diosas Hersulis y Yemayá, sus diosas del mar. “Bebidas, picadas y licores, especialmente el ron (Havana Club) a la Simón, serían servidos abundantemente a los presente” (Otraparte, 2003).

Si bien el mandato de González fue criticado por algunos sectores de la isla, la gestión en términos generales pudo dar resultados positivos en cuanto a la economía y lo que se

refiere a salud, aseo, turismo, comercio y organización, pero lo más importante y lo que se rescata, es el esfuerzo por reivindicar esa cultura raizal perdida o distorsionada en la realidad sanandresana, activa como movimiento social unido por el cordón cultural africano y caribeño. La intendencia de Simón González, permitió en parte que los nativos vieran materializadas sus exigencias, las cuales cerraban un poco la brecha de la nostalgia por un pasado ligado a la agricultura, al coco, a la ganadería, a la pesca, a la música y sus tradiciones y a la vida en una comunidad más homogénea y tradicionalista. Pese a que el intendente no era de origen raizal, atendió las exigencias de los nativos y su preocupación por el desarrollo de la isla y por su entorno cultural. En medio de errores y aciertos durante su mandato, lo que públicamente solicitaran al gobierno central y local en el año de 1985 se haría realidad:

“[...] Esperamos que el estado construya parques, museos, teatros y fomente la creatividad artística de la población mediante la fundación de escuelas de teatro, baile, artes plásticas [...]” (Riveros, 1985 Octubre).

Se pudiera entender que para Simón la isla era un lienzo dispuesto a plasmar las ideas de su artista (Simón) con el mar, las palmeras, la naturaleza y sus raizales como modelos de aquella obra de arte. Pintar los techos de las casas de azul, las fachadas de las casas de madera de muchos colores, el malecón y otros lugares, era la forma de exteriorizar la verdadera esencia del raizal, sus deseos, sus sueños y sus necesidades. Esto se reflejó en obras tan sencillas como el malecón la cual se realizó, según lo afirmó el mismo Simón, con el propósito de resarcir a la isla de San Andrés del craso error de haberle dado la espalda al mar por tantos años, y los balcones y bancas de madera, sus balaustradas que se recuestan contra el mar y las estructuras de hierro forjado que rematan en toldillos de colores, parecen advertir a los enamorados que allí la brisa corre solo para ellos” (Semana, 1988, Mayo)

## **CONCLUSIONES**

### **BROTHER SIMÓN: UN MEDIADOR**

Después de un recorrido por la tradición raizal con sus elementos característicos de ciertas actividades que aún en la actualidad se añoran, y por un paseo imaginario por las calles de las islas, testigos de las fuentes materiales existentes, resultado de la labor intencional de Simón, este último capítulo recoge los dos apartes anteriores para demostrar que las políticas oficiales para la década de los ochenta se encaminaron a recuperar la posición de la cultura nativa junto con la superación de la crisis económica heredada años atrás (Obstáculos al desarrollo del Archipiélago: Turismo, identidad, cultura y desarrollo sostenible, 2007) “Las cifras del desarrollo económico muestran que el proceso de crecimiento económico tuvo su punto más alto en 1980 y de ahí en adelante su declive. Éste influyó en la economía, la sociedad y la identidad cultural. Lo que pretendía ser el polo de desarrollo de los raizales terminó en un proceso de marginamiento de los mismos”. Hacemos énfasis de nuevo en este punto de la investigación, en el interés del aspecto cultural de la época, sin llegar a profundizar en el manejo de la economía, de la inversión, de las contrataciones y de la gestión netamente administrativa de la isla por la intendencia de González. Efectivamente, lo que se pensó como puerto libre para el avance y la correcta integración de los habitantes de la isla dentro del engranaje económico implantado después de 1953, fue un fracaso total en la medida en que no se tuvo en cuenta su cultura a la hora de tomar decisiones regionales. Aunque la participación de los líderes raizales era mínima, no se podía hablar de desarrollo sin tener en cuenta la etnia, el territorio y la cultura.

Las evidencias materiales dejan ver que el papel del gobierno intencional realmente fue mediador, imprimió fuerza a los saberes locales, colaborando con la preservación de la comunidad raizal y sus tradiciones. Con este “puente cultural” entre tradición y desarrollo, se creó entonces una relación entre nativos y no nativos para la construcción

de región, para la convivencia mas respetuosa, creando también los medios necesarios para la tolerancia y el respeto por el otro, por el raizal y por el isleño inmigrante. La cultura y el desarrollo debían construirse a partir de proyectos locales para edificar una visión colectiva involucrando a la comunidad, las costumbres y la cultura isleña como el eje central del producto turístico, sin caer en el exotismo o el paternalismo, persiguiendo la idea de sacar a la luz del resto de Colombia y del mundo la cultura tan lejana pero a la vez, tan sólida. Es así como durante el periodo del Intendente Simón González las obras realizadas procuraron recuperar y engrandecer la cultura sanandresana raizal, colaborando así con la resistencia que para ese periodo se comenzaba a gestar y a apoyarse sobre los discursos públicos de los nativos, los cuales abrían las puertas y las posibilidades de la participación activa en los procesos políticos y sociales.

El papel mediador del Intendente Simón González durante su mandato en el archipiélago en los primeros años de la década de los ochenta, fue de gran importancia para su historia en tanto que logró crear lazos entre la cultura nacional y las tradiciones ancestrales de la población raizal, dentro de esta sociedad estratificada y heterogénea, homologándola a la modernidad de aquella época, sin dejar de lado los elementos naturales y esenciales de su herencia. Su proyecto sociocultural, no pretendía entonces suprimir algunas de las diferencias de la población entremezclada e híbrida en la que debía desenvolverse como administrador de sus intereses, sino que por el contrario, la idea era crear un espacio propicio para el libre desarrollo, tanto de la cultura raizal como la heterogénea general (cultura creada a partir de la llegada de inmigrantes continentales y extranjeros). Las tradiciones de legitimación de cada grupo social, debían permanecer en interacción con las de los demás grupos demostrando un origen, una sustancia que pudiera promover la cohesión social, el respeto y la aceptación mutua; asumiendo las diferencias.

Gestionando los conflictos culturales y por ende sociales que impedían el desarrollo organizado y justo, permitiría a la sociedad insular, crear redes de apoyo y convivencia dentro de una utópica democracia en donde reinara el reconocimiento de todos y no la superposición de las mayorías sobre las minorías. Con esto, la resistencia raizal se identificaba con algunos de sus ideales, los cuales nacieron por la cruda realidad por parte del gobierno central que se remontaba a 1912.

Esta era una resistencia que luchaba por sus espacios y por el respeto al uso cotidiano del creole, la presencia de las iglesias bautistas y la persistencia por el mejoramiento de las labores de agricultura y pesca, la actividad musical dentro de los ritmos que se consideraban tradicionales, el uso de la botánica y la medicina natural. Los nativos sentían la necesidad de hacer valer sus derechos y ocupar lugares importantes dentro de las decisiones que se tomaban tanto del gobierno central como local. Borrados de la historia tras un deseo de nacionalización y homogenización de la cultura nacional, desde el mismo momento en que la administración de la isla pasa a depender de la gobernación del Departamento de Bolívar y desde la designación del primer intendente de origen continental, la cultura raizal o nativa se organizó y encontró espacios de participación para ser escuchados y para debatir las posibles soluciones a sus necesidades, persiguiendo siempre la reivindicación de su cultura frente a la cultura impuesta años atrás.

El desinterés político de gobiernos centrales anteriores ante la problemática social de la isla a raíz de las arbitrariedades legales impartidas en el proceso de “colombianización”, posteriores campañas de evangelización e implantación del puerto libre, no fueron inconveniente para iniciar un proceso de mediación entre un conflicto cultural engendrado años atrás. El cambio de actividad económica para la sobrevivencia provocó en la población raizal un desequilibrio social y cultural, en donde fue mas importante integrarse al nuevo ritmo económico dejando de lado la ancestralidad, los elementos identitarios y

prácticas que los identifican como pueblo ante ellos mismos y ante los demás, dentro de una unidad social que podría participar activamente en las políticas implementadas en la región insular.

Simón González fue desde la administración intendencial, un medio de integración de los habitantes de la isla en los años ochenta. La mediación entre la resistencia raizal y la apertura al desarrollo se vio plasmada en actividades que permitían la participación de la cultura nativa. Los momentos y espacios se hacían más comunes en aquellos lugares públicos en los que permanecían más tiempo los visitantes y los residentes (isleños y continentales). Otro de los tantos elementos culturales que atraía la atención de Simón era la capacidad artística de algunos naturales, lo que no dejó que pasara desapercibido. Las casas de la cultura fueron el refugio y el escenario en el que la población nativa se expresaba ante ellos mismos y ante los demás, permitiendo que tanto los visitantes como los nuevos residentes de la isla se integraran y conocieran un poco más de esa cultura que los recibía con tanta calidez.

Aunque la procedencia de Simón chocaba con las pretensiones de los raizales ya que sus exigencias se centraban en el nombramiento de nativos en los cargos administrativos, la proyección que presentaba a los habitantes se encaminaba a mejorar el entorno, permitiendo una participación activa en el nuevo ordenamiento y creando una coyuntura, entre el surgimiento de la resistencia cultural nativa y la actividad turística a través de la cultura, teniendo en cuenta que “la cultura genera procesos creativos que pueden favorecer el crecimiento económico y la cohesión social, pues actúa como constructor de memoria e identidad regional y nacional, en un mundo cada vez más globalizado, puesto que contribuye a educar a los residentes y a posicionar a la ciudad en el mercado internacional” .(Fernandez, Guerra, Meisel, 2007, p. 349) .

Dentro de la gestión intendencial, Simón González se propuso lograr integrar la visión continental con la visión nativa creando espacios de tolerancia y convivencia dando a conocer las realidades culturales y sociales que convivían en la isla. A partir de la identificación de las tradiciones, las costumbres y las necesidades de cada grupo, Simón González actuó como mediador, “neutralizando la barrera entre incluidos y excluidos” (García, 1989, p. 180), es decir, las tradiciones y costumbres de los raizales no se tomaron en cuenta a la hora de poblar la isla con habitantes continentales, no se respetó la lengua, la religión, la arquitectura, la música, ni el plan de educación, por lo tanto, era pertinente hacer visible y reconocer los espacios perdidos por los nativos e integrarlos de alguna manera con las costumbres de los continentales y los extranjeros. Esta era la mejor forma de participar en ese conflicto cultural de la isla, permitiendo que las barreras socioculturales se permeabilizaran en ambos sentidos, es decir, que tanto raizales como inmigrantes considerados isleños, compartieran sus creencias, sus tradiciones, sus costumbres y sus necesidades a través de la cultura.

La cultura nativa vista dentro del contexto de la globalización, implicaba una transformación cosmogónica y un cambio en la forma de relacionarse con los demás, en donde la cultura local entró dentro del proceso de hibridación por la inserción de saberes ajenos. Los elementos de carácter residual (música, gastronomía, arquitectura, corporalidad), fueron los que lograron pervivir y mantenerse dentro de la resistencia raizal y la presión cultural de otros grupos de la mano de la modernidad y de las gestiones del intendente González, quien durante su gestión promovió las actividades culturales pertinentes para mantener las tradiciones y dar a conocer que San Andrés era algo más que coco loco y playas. Sobre esto, el intendente se refirió en las siguientes palabras: “En lo que le toca a las islas, el sentir es el de conservar lo que tenemos, absorbiendo lo mejor de lo que viene de fuera, no lo malo. Las características de un pueblo se deben preservar, de lo contrario se van perdiendo” (Lozano, 1986). Así, el Green Moon Festival, el mantenimiento y construcción de iglesias protestantes, la recuperación de las casas

tradicionales isleñas, la construcción de edificios como el SENA o el Coral Palace, el patrocinio del circo de la isla, la construcción del Sunrise Park con elementos propios de la naturaleza insular y con espacios aptos para la muestra de las tradiciones raizales, colaboraron con el proyecto de integración sociocultural.

Hasta 1988, fecha en la cual se inicia el funcionamiento del parque de atracciones Sunrise Park, la isla de San Andrés no poseía un lugar en donde los niños, jóvenes y adultos pudieran tener otro tipo de distracción y diversión. Este parque, dotado con toboganes, piscinas, lugares de descanso y de actividades culturales poseía la particularidad de recrear la naturaleza y el entorno del archipiélago con tortugas, sirenas, mantarayas, peces, ballenas y las diosas del mar, las eternas consejeras de Simón. Aunque no era un lugar de acceso libre, el costo de la entrada permitía que la mayor cantidad de gente lo disfrutara y se beneficiara de sus instalaciones. En lo referente a la cultura nativa, el kiosko cultural se convertía en el templo de las tradiciones ancestrales entre cuentos de Anansi, rondas, bailes, adivinanzas y fábulas, permitiendo la participación de la población raizal quienes compartían sus conocimientos y costumbres con residentes y visitantes.

Otra de las manifestaciones culturales como lo es la música, fue importante durante el periodo intendencial de Simón González porque se visualizó y se estableció dentro del panorama cultural que identificaba la población nativa de la isla. El vallenato, la salsa, el merengue, el tango, los boleros, la música popular y los ritmos caribeños (champeta, reggaetón) entraron a la isla junto con inmigrantes continentales y se integraron al paquete musical isleño durante el inicio de los contactos comerciales y sociales con el interior y se intensificaría con la apertura del puerto libre. El crecimiento demográfico desordenado de la isla, afectó todas las instancias culturales y la música no fue ajena a

este fenómeno que trajo consigo cantantes, compositores, músicos, ritmos e instrumentos nuevos y ajenos al calypso, el mentó y el reggae.

Para 1988, los ritmos del Caribe se condensaron en el Green Moon Festival, el cual se realizaba en el estadio Wellingwourth May y aunque no permitía la asistencia de todo tipo de público por el costo que generaba la boletería y el espacio limitado del estadio, era el momento en el que se amalgamaban recuerdos y tradiciones sobre la vía de las notas musicales, los ritmos, las canciones y los bailes del Caribe. Era el momento en que los hilos que unían la historia de los pueblos del Caribe se fortalecían desde África pasando por Jamaica, San Andrés, Kingston, Gran Caimán y las costas continentales caribeñas. Era el momento en que tanto visitantes como residentes, bailaban y coreaban las canciones de músicos muy conocidos y otros no tanto, pero que en sus presentaciones dejaban un pedazo de su tierra de origen y armaban las fichas de un rompecabezas desbaratado desde el periodo de esclavitud.

Este festival que logró sobrevivir hasta los primeros años de la década de los noventa con algunas interrupciones, pudo tener gran influencia del Festival de música del Caribe de Cartagena creado en 1982 y en ambos se canalizaron la melodías y los ritmos que identificaban un grupo social marginado, desplazado y olvidado dentro de su propio territorio, que para el caso de San Andrés era la población nativa. La semana verde del festival, como era conocida, no solo se componía de muestras musicales sino que atraían diverso público con las charlas de invitados, quienes también ambientaban la fiesta del encuentro cultural alrededor de foros y conferencias referentes al Caribe y a su gente, como la santería, la medicina botánica, los pick-ups, el origen y las raíces de los cuentos y otros temas que abrían puertas al entendimiento de la cultura que residía en la isla y lograba ampliar el espectro de posibilidades culturales de la región.

Por otra parte, las demás actividades culturales programadas por la intendencia de González se concentraban en las casas de la cultura edificadas en algunas zonas de la isla, con el propósito de reunir allí lo básico de la cultura raizal. Las casas de la cultura eran entonces, lugares que resguardan el patrimonio y pueden llegar a compararse con la labor que presta un museo, marcando la diferencia de la participación activa de los habitantes y los visitantes a la isla en las actividades programadas como público o como actuantes. Los museos se convierten en santuarios de la identidad y guardan los signos que la evocan de una manera rígida e inmutable. Por el contrario, la creación de las casas de cultura estaba acompañada por la motivación hacia la comunidad raizal para apropiarse de ellas en el buen sentido de la palabra, y para que se convirtiesen en protagonistas con sus danzas y rondas. Por tanto, estos lugares se convirtieron en el depósito de las versiones originales de su identidad, ocupando un lugar importante dentro de la comunidad como escenarios y reproductores de cultura.

Fuera de los lugares destinados para expresiones culturales, el intendente González impulsó y patrocinó las fuentes artísticas, como en el caso de un grupo de artistas quienes organizaron una importante exposición en los muros del aeropuerto Gustavo Rojas Pinilla. La experiencia de los pintores nativos en el aeropuerto, aunque muy corta, fue productiva porque les permitió mostrar una imagen diferente ante los visitantes de la isla. La galería de pintura representaba el sentimiento y la cosmogonía de la población raizal, y abrió espacios a nivel nacional en otras exposiciones itinerantes que recibieron las muestras artísticas de los sanandresanos.

Desde el inicio del poblamiento de la isla no existió ninguna ley que obligara o exigiera el aprendizaje de la cultura nativa por parte de los inmigrantes, sino que por el contrario la superposición de culturas deterioró la ya existente, llevándola al riesgo de desaparecer. La planeación desordenada y poco coherente con la naturaleza insular y las necesidades de los isleños, aceleraron el deterioro de los espacios públicos y por tanto afectó las relaciones de los nativos con su entorno, con los inmigrantes y con ellos mismos. El diseño de infraestructura de la isla en la intendencia de Simón González se encaminaba a correlacionar de nuevo la naturaleza circundante y sus habitantes primigenios, creando vasos comunicantes entre los naturales de la isla y los residentes continentales y extranjeros.

Tanto los colores como la madera expresaban la alegría del alma isleña. Aunque no se puede dejar de lado el uso de elementos convencionales para la construcción, en ese mismo periodo tanto para hoteles como para viviendas familiares, las estructuras en madera fueron importantes en tanto que su conservación se hizo prioritaria y los programas encaminados a recuperarlas, arrojaron resultados positivos en la reconstrucción de las casas nativas y en la implementación de estructuras en madera para las nuevas edificaciones que se levantaban. El Coral Palace o palacio intendencial, la estación de bomberos, el Sunrise Park y las casas de la cultura, se construyeron con los dos tipos de material, madera y cemento los cuales se aprecian en la actualidad. El Palacio Intendencial es un lugar abierto, con jardines interiores y exteriores, balcones en madera y mucho color dan cuenta de la expresión de libertad, pero a la vez de integración con los residentes en espacios abiertos. Una intendencia con las puertas abiertas hacia todas las dependencias, rodeada de árboles nativos y de un pequeño estanque que albergaba la barracuda de las lágrimas azules, la cual hace parte ya de la tradición, la oralidad y la simbología representativa del archipiélago.

Si bien la mayoría de las obras y la gestión durante este periodo de gobierno intendencial fueron aplaudidas por algunos, la prensa y la historia misma se encargaron también de revelar aquellos puntos menos positivos para el desarrollo de la isla. La construcción de hoteles, las redes de acueducto y alcantarillado para ciertos sectores de la isla, la aparición de viviendas en espacios reducidos, así como tugurios y sectores de crecimiento subnormal se presentaron como los puntos neurálgicos en los cuales se criticaba al gobierno la poca gestión.

El periodo intendencial de Simón González se caracterizó por la actitud de respeto por la diversidad cultural, social y étnica presente en la isla dando prelación a los nativos y a sus costumbres y resaltando los símbolos de identificación colectiva como lo son la arquitectura y la oralidad. En el Coral Palace, o Palacio Intendencial, el restaurante era el lugar en donde la culinaria isleña nativa se posicionaba como cualquier secretaría de gobierno. Cuando Simón inició como intendente, entregó el restaurante de la intendencia a Miss Bess, la mejor cocinera de la isla para que la administrara. Tan orgulloso se sentía de la labor de esta bella mujer que se refirió a su trabajo con palabras justas: “Miss Bess entró al Coral Palace como la gobernadora de las islas. Es la representante de su cultura. Han venido presidentes, ministros, y todos quedan encantados con la comida de esta casa de gobierno” (El Tiempo, 1991 Agosto). La presencia de Miss Bess se convertía en el estandarte de los naturales de la isla dentro del símbolo de gobierno del archipiélago. La muestra de gastronomía en la intendencia ampliaba el marco de conocimiento y comprensión hacia lo tradicional y autóctono tal y como lo exigía en ese entonces el grupo nativo SOS y la población raizal en general quienes supieron mantenerse firmes con sus tradiciones.

Es pertinente entonces, afirmar que el paso de Simón González por la administración del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina marcó un hito en la historia de la zona insular colombiana al convertirse en mediador entre la cultura raizal y la cultura nacional impuesta, asumiendo las gestiones pertinentes que otorgaran la importancia y el lugar que la población nativa reclamaba desde hace mucho años ante el gobierno central colombiano. Simón González debe ser recordado por sus obras, por haber limpiado la isla, por haber incentivado las actividades propias de los nativos y por haber puesto en alto la cultura de la población raizal en medio de la cotidianidad de los isleños. Simón González debe permanecer en la memoria de los isleños como un brujo que hizo llover, como un loco que recorría las calles de la isla saludando y escuchando a sus habitantes, como un poeta que se inspiraba en la naturaleza del archipiélago, como un intendente que amó la isla, que la bautizó como su novia y le pidió a los turistas que la visitaran, pero que no se quedaran. El periodo intendencial de Simón González no puede pasar inadvertido por la historia de la isla, ya que puede considerarse un melting-pot cultural, un crisol en la década de los ochenta por el auge de progreso, de desarrollo y por la participación de los raizales en el ámbito cultural. No solo los medios de comunicación, sino los habitantes del archipiélago califican positivamente la gestión de Simón y recuerdan con agrado el papel que desempeñó durante su administración y es pertinente analizar los aciertos del pasado porque “El pasado dice cosas que interesan al futuro” (Galeano, 1989, p. 377).

## REFERENCIAS

Albadán Catalina. (2006). *Celebraciones en San Andrés: Participación, convivencia e inserción raizal*. En Cuadernos del Caribe No.7. p. 17.

Bautista Claudia. ( 2006 ). La Sub 30. [Serie]. Bogotá. Videobase.

Castellanos Santana Osmani & Solano Suarez Yusmidia. (2000). Participative processes in a multicultural society case: San Andrés Island, Colombian Caribbean. *Fermentum Mérida*, 48, 145-170.

Cuadernos del Caribe No. 3. (1999). San Andrés Islas. Universidad Nacional de Colombia.

Cuadernos del Caribe No. 4. (2002). San Andrés Islas. Universidad Nacional de Colombia.

Diaz Carlos. (1982, septiembre 26). Estoy rebotante de felicidad, dice nuevo intendente de San Andrés. *El Espectador*. P. 14<sup>a</sup>.

Eastman Arango Juan Carlos. (1988). Memorias de un visitante. Aproximación al archipiélago de San Andrés y Providencia a fines de 1913. *Boletín de Historia (Colombia)*. Vol 5. No 9-10 Enero-Dic.

Eastman Arango Juan Carlos. (1992). Creación de la intendencia de San Andrés y Providencia. La cuestión nacional en sus primeros años. *Revista Credencial Historia*. Edición 36. Diciembre.

*El Tiempo*. (1983, julio). La independencia económica para San Andrés y Providencia. P. 13B.

*El Tiempo*. (1991, Agosto 16). Nada como un cangrejo sanandresano.

*El Tiempo*. (1994, octubre 1). Un circo con luna propia.

*El Tiempo*. (1998, julio). Color rescatará a San Andrés.

- Fernández Manuel, Guerra Weidler, Meisel Adolfo. (2007). *Políticas para reducir las desigualdades regionales en Colombia*. Bogotá. Banco de la República. .
- Fonseca Martinez Lorenzo, Saldarriaga Roa Alberto. (1988). *Vivienda en madera San Andrés y Providencia*, Bogotá, Ediciones PROA Ltda.
- Friedemann Nina. (1989). *Religión y tradición oral en San Andrés y Providencia*. En Clemente Isabel (coord). (1989). *San Andrés y Providencia: tradiciones culturales y coyuntura política*. Bogotá. Ediciones Uniandes.
- Friedemann Nina. (1993). *La saga del negro. Presencia africana en Colombia*. Bogotá. Centro Editorial Javeriano.
- Galeano Eduardo. (1989). *Crónicas (1963/1988)*. México. Siglo XXI Editores.
- García Canclini Néstor. (1989). *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México. Editorial Grijalbo.
- Giraldo Hernando. (1986, Agosto 2). Simón y los ojos verdes de la barracuda. *El Espectador*. Sección costa.
- Giraldo Oscar. (2003, octubre 9). Simón Regresa al silencio. *El Colombiano*.
- Guerrero Arturo. (1984, Marzo 19). Un nuevo rostro para San Andrés. *Nueva Frontera*. 477. 7-9.
- Intendencia Especial. (1982-1986). La transformación de las islas. Informe de administración de actividades.
- La barracuda estaba celosa. (1988). *Semana*. Pp. 1-2.
- Lozano Pilar. (1986). San Andrés y Providencia. Separata. Centro de Documentación Banco de La República.
- Maya Adriana. (1991). *Brujería y reconstrucción étnica de los esclavos del Nuevo Reino de Granada, siglo XVII*. Biblioteca Virtual Banco de La República.

Margulis Mario. (1997) *La cultura popular*. En Colombres Adolfo. La cultura popular. México. Ediciones Coyoacán.

Meza Margarita. (1984). La situación financiera de la intendencia es bastante sólida. *Credencial*. Pp. 32-34.

Nanda Serena. (1980). *Antropología Cultural. Adaptaciones Socioculturales*. México. Grupo Editorial Iberoamericana.

Observatorio de Derechos humanos. (2007). *Diagnóstico del Archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina*.

Obstáculos al desarrollo del Archipiélago. Turismo, identidad, cultura y desarrollo sostenible. (2007). Extraído en 2008 de [http://www.ocaribe.org/downloads/taller\\_desigualdades/relat\\_sanandres.pdf](http://www.ocaribe.org/downloads/taller_desigualdades/relat_sanandres.pdf)

Corporación Otraparte. (2003, octubre 8). Testamento Simón González Restrepo. Boletín No. 17.

Patiño Roselli Carlos. (1999). *Sobre las dos lenguas criollas de Colombia*. En Seminario Internacional. San Andrés Isla. Universidad Nacional de Colombia. Sede San Andrés.

Perea Escobar Angel. (1989). Green Moon Festival de San Andrés: El regreso del Muntu. En: Boletín Cultural y bibliográfico. No 19. Vol. 26. Banco de la República.

Petersen Walwin. (1989). *Cultura y tradición de los habitantes de San Andrés y Providencia*. Clemente Isabel (coord). *San Andrés y Providencia: tradiciones culturales y coyuntura política*. Bogotá. Ediciones Uniandes.

Petersen Walwin. (2002). *The Province of Providence*. Tennessee. The Christian University of San Andrés, Providence and Kathleen Island.

- Puerta L. Arturo. (1986, Agosto-Septiembre). Simón González, un intendente muy especial. *Colombia turística internacional*. 149.
- Riveros Ligia. (1985). Los isleños lanzan un S.O.S. *La República*. Pp. 20-23
- Robinson Hazel. (1959, Agosto) ¡*Sail Ahoy!*. El Espectador. Bogotá.
- Sanchez Gama Clara Eugenia. (2004). *La casa isleña patrimonio cultural de San Andrés. /Island Houses San Andrés's cultural heritage*. Bogotá. Unibiblos.
- Salazar Palacio Hernando (1985, Julio 3). Las finanzas de las islas están saneadas. *La República*. P. 9ª.
- Scott James. (2004). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México. Ediciones Era.
- Stavenhagen Rodolfo. (1997). *La cultura popular y la creación intelectual*. En Colombres Adolfo. *La cultura popular*. México. Ediciones Coyoacán.
- Uribe Vargas Diego. (1999). “*El Meridiano 82. Frontera marítima entre Colombia y Nicaragua*”.
- Zogby Emilio. (1992, Enero 9). Regreso de un brujo al rescate de las islas. *El Espectador*.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ❁ Cuadernos del Caribe No. 3. (1999). San Andrés Islas. Universidad Nacional de Colombia.
- ❁ Forbes Okley. (1986). *La situación sociolingüística del Archipiélago de San Andrés y Providencia* En Cifuentes Alexander (Comp). Seminario Internacional sobre la participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas. Bogotá. Instituto Colombiano de Antropología.
- ❁ Gallardo Juvencio. (1986). *Colonización educativa y cultural en San Andrés Islas.* En Cifuentes Alexander (Comp). Seminario Internacional sobre la participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas. Bogotá. Instituto Colombiano de Antropología.
- ❁ Rivas Gamboa Angela. (1995). *Anansi en el mar de los 7 colores. Historia, memoria y cultura en el Archipiélago.* Bogotá. Universidad de los Andes.
- ❁ Ruiz Maria Margarita. Oflin de Chavez Carol. (1992). *San Andrés y Providencia: una historia oral de las islas y su gente.* Bogotá. Banco de la República.
- ❁ Sánchez Aguirre Rafael Andrés. (2008). *El tejido de la identidad colectiva en San Andrés Isla: Colombianos y extraños.* En *Memorias*, Año 5, N° 9. Uninorte. Barranquilla, Colombia. Julio

## FUENTES

- ✿ Correspondencia S.O.S movement dirigida al intendente Simón González Restrepo de fecha Enero 14 de 1987.
- ✿ Correspondencia S.O.S movement dirigida al intendente Simón González Restrepo de fecha Abril 10 de 1987.